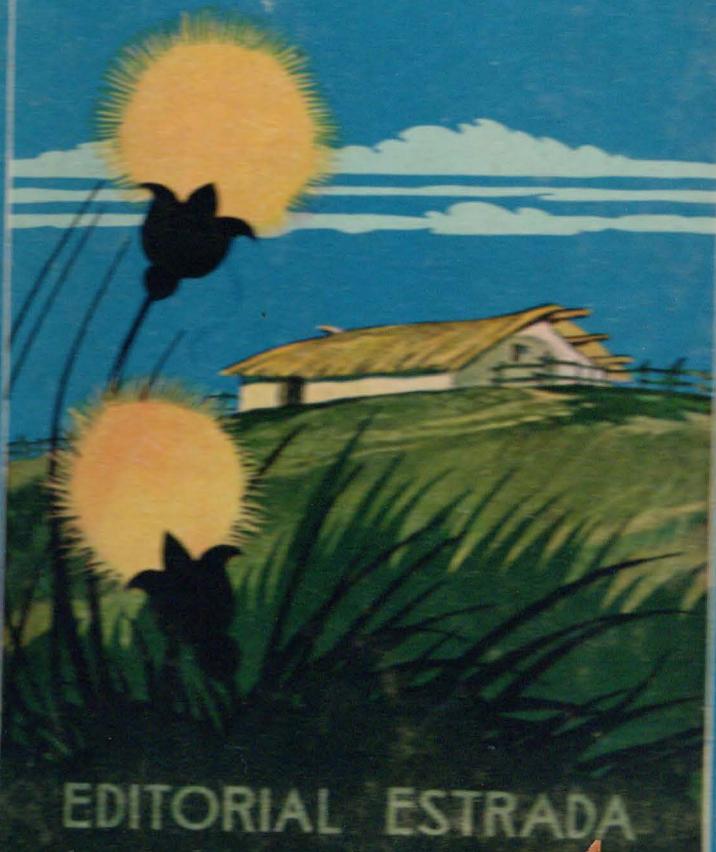


LUIS ARENA

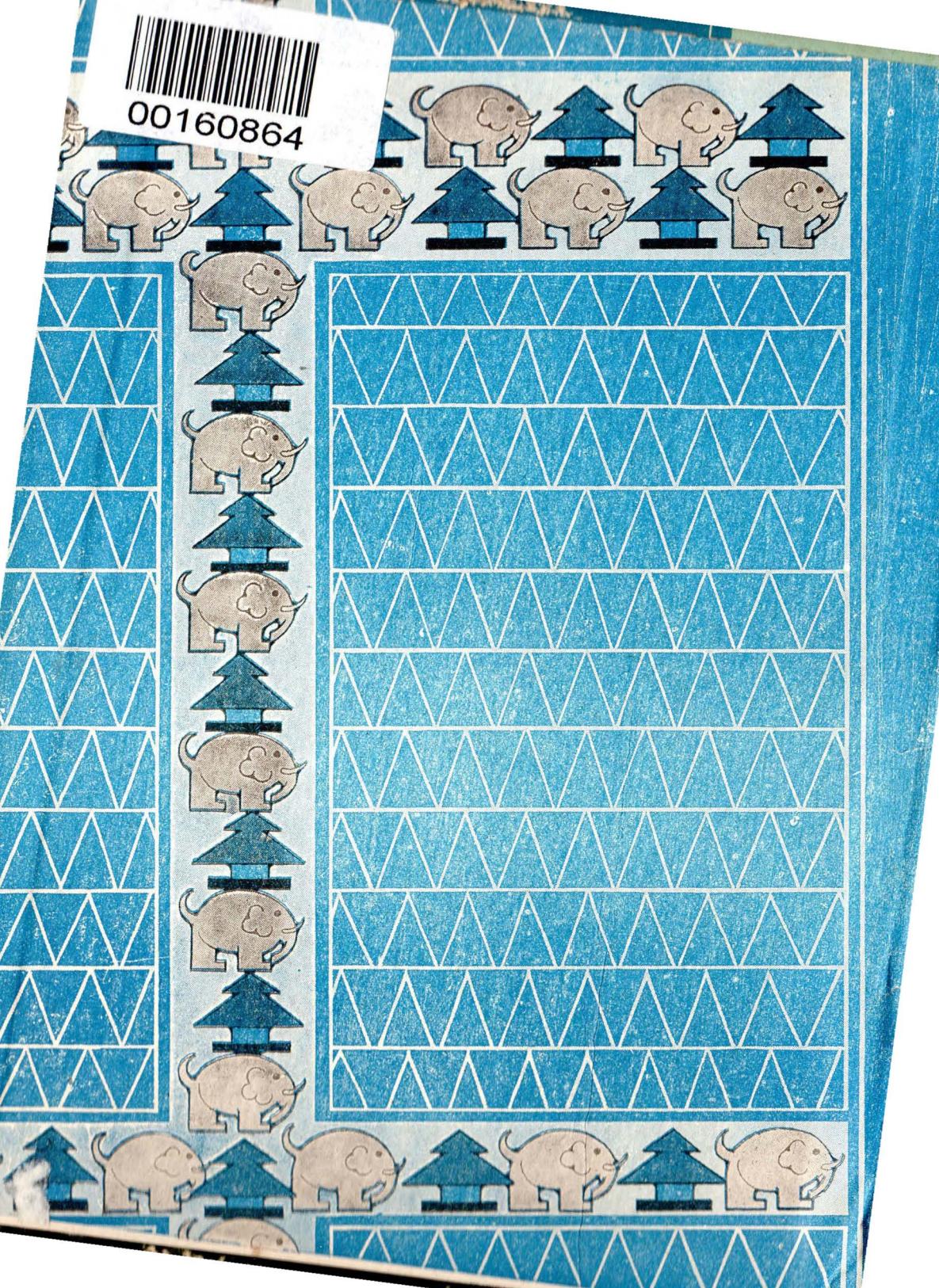
Cielo Sereno



EDITORIAL ESTRADA

LL
1940
ARE

00160864



DONACION
OMAR GARDET
Y FAMILIA

Luis Arena

Cielo Sereno

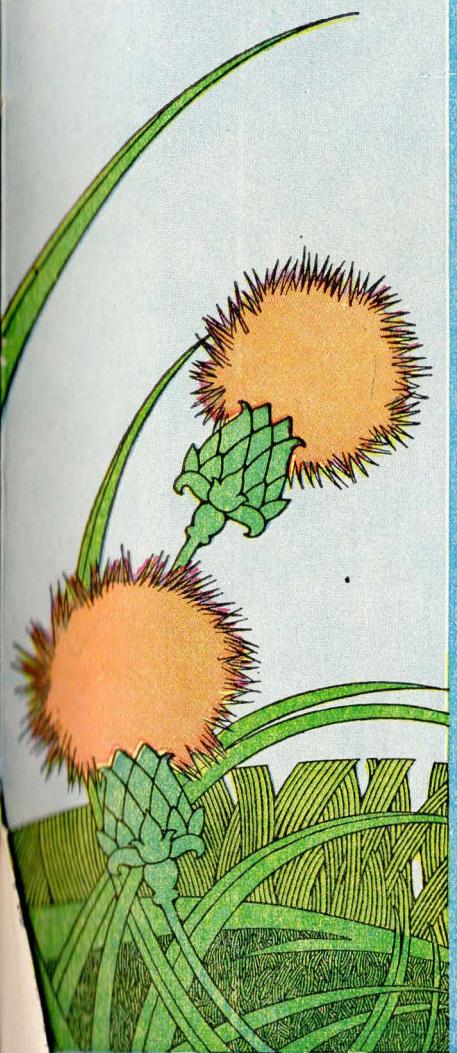
segundo libro de lectura corriente

TERCERA EDICIÓN

ilustrado por Batlle

Ángel Estrada y Cía
Bolívar 466 - Buenos Aires

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Régimen Legal de la Propiedad Intelectual. Ley 11.723.

A los educadores:



as nuevas orientaciones impresas a las escuelas primarias han traído como consecuencia una renovación apresurada del material didáctico.

Un aspecto en el que la precipitación resulta grandemente nociva es la preparación de un libro de lectura.

Adaptar un libro de lectura a un programa no significa desarrollar pedestremente los temas que éste indica.

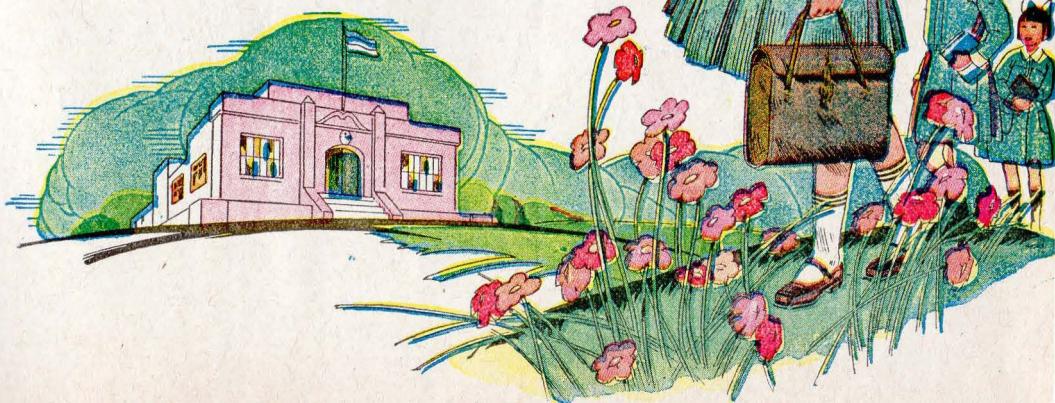
En lugar de esclavizarse dentro del estrecho esquema de un programa de asuntos o temas fijos, el autor de un texto debe inspirarse en dichos puntos o temas con el objeto de hacerlos servir para los fines especiales de la lectura, que son — como todos los aspectos estéticos de la



¡Adiós vacaciones!

¡Escuelita mía! Otra vez estoy contigo. Volveré a corretear por tus patios llenos de sol. Oiré de nuevo diariamente el tañido de tu campanita...

De vuelta en tus aulas alegres, comenzaré con firme voluntad la nueva jornada. Nueve meses de estudio. Nueve meses de trabajo continuado. Espero que al finalizar el año mi triunfo satisfaga a mi maestra y alegre el corazón de mis padres.



Gorrioncito mío



*Gorrioncito mío,
plumita de seda,
dile a mi mamita
que estoy en la escuela*

*Gorrioncito mío,
plumoncito blando,
como tú yo quiero
terminar cantando.*

*Gorrioncito mío,
de piquito abierto,
pio, pio, pio,
dice tu concierto.*

*Gorrioncito mío,
vuela, vuela, vuela,
dile a mi mamita
¡qué linda es la escuela!*

JULIA BUSTOS.

Mi maestra

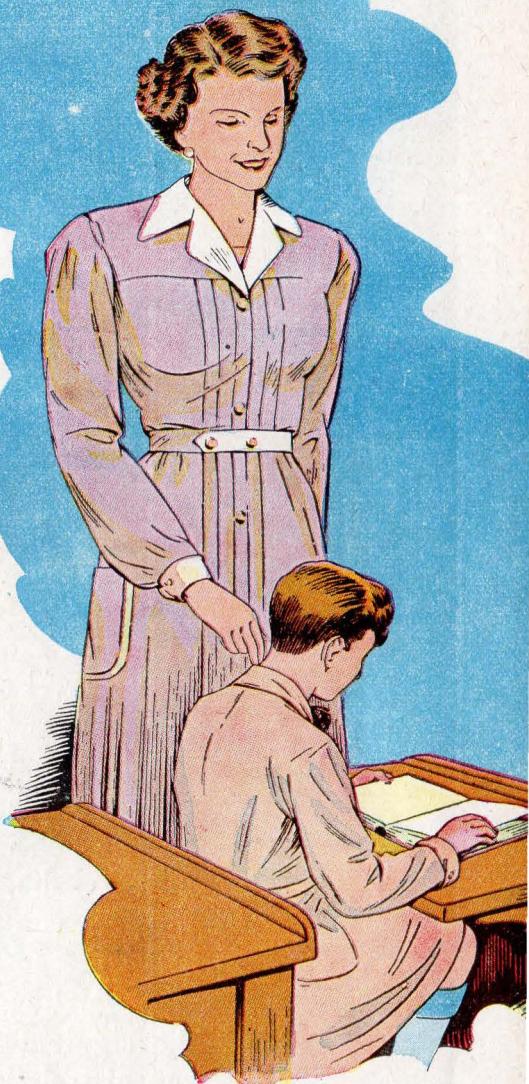
¡Mi maestra! ¡Yo la quiero tanto!

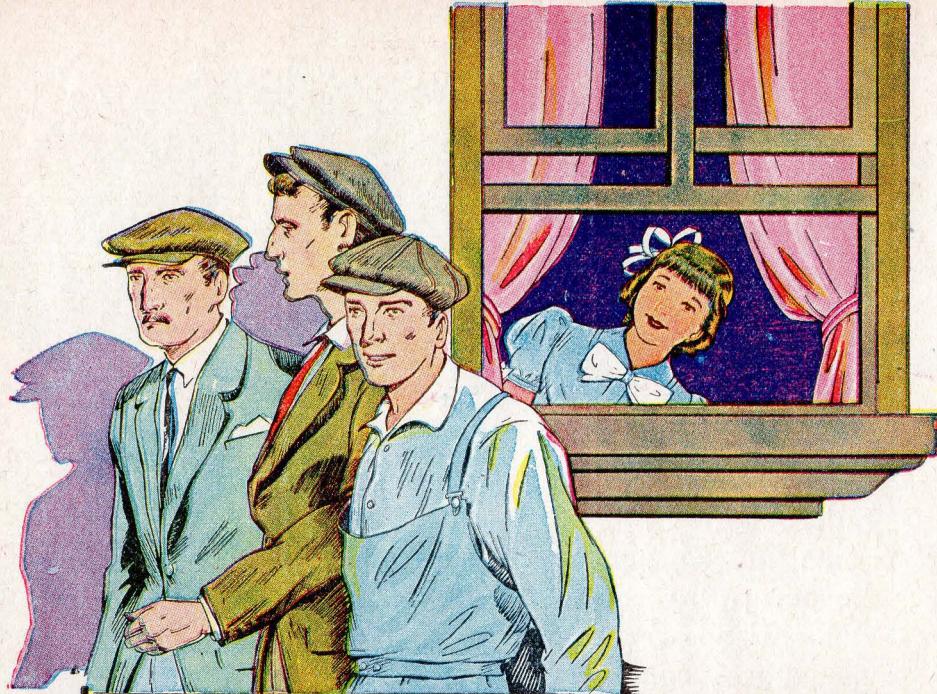
La quiero porque es buena. ¡Mira con tanta dulzura! Sus caricias son tan suaves como las de mi madre.

Si algún niño hace una travesura ella no se enoja. Se pone muy triste. "Estoy apenada", dice.

Pero si el travieso baja la cabeza, avergonzado, ella va hacia el banco, revisa el cuaderno del pilitete, y casi siempre encuentra algo bueno que alabar.

"Esta página está muy bien. Este dibujo me gusta". Luego vuelve a su escritorio y sonríe. ¡Y cómo se sonríe! Nadie tiene una sonrisa tan simpática como la de mi maestra.





Los obreros

Cuando me levanto a hora temprana veo a los obreros que se dirigen a sus talleres. A veces deben recorrer largas distancias para llegar. Por eso se levantan al alba.

Hombres fuertes, que trabajan el hierro o la madera, el cuero o el vidrio, las telas o el papel, se encaminan con paso apresurado a su labor. Y vuelven, al terminar el día, con el cansancio en el cuerpo pero con la satisfacción en el rostro.

El descanso en medio de la tranquilidad del hogar repone sus fuerzas. Y al día siguiente las ásperas manos comienzan el trabajo con renovada alegría.

El zapatero

*¡Zapatero, zapatero
que trabajas sin cesar
con la lezna y el martillo,
tip, tap, tip, tap!*

*Se me ha roto el zapatito.
¿Me lo quieres arreglar?
Necesita suela nueva
porque así no puedo andar.*

*—Si te arreglo el zapatito
¿cuánto, dí, me pagarás?
—Te daré, cortés, las gracias
una vez y otra vez más.*

*—¡Fuera, fuera!, que no quiero
tan barato trabajar!
—Zapatero, zapatero
que trabajas sin cesar!
¡tip, tap!*

X.





En el campo

El sol no ha salido aún. En los galpones de las estancias y en las grandes cocinas de las chacras los hombres se preparan para las rudas faenas del día. El canto mañanero del gallo despertó a todo el mundo. ¡A trabajar!

Pronto se verán los arados surcar la tierra parda. Bajo el sol ardiente se amontonarán en parvas las espigas de oro.

Al atardecer, cuando el sol se pone tras el horizonte enrojecido, vuelven los campesinos a sus casas. Caminan lentamente. Sus miradas acarician los campos arados, las espigas maduras, los linos en flor.

Por los caminos polvorientos van los reseros detrás del ganado. Trabajo duro y penoso en los días sofocantes o en las noches frías.

Por los valles y quebradas los arrieros y los pastores aguantan los vientos furiosos, las lluvias y las nevadas.

Todos trabajan con voluntad. Con su labor honrada ganan el sustento de sus esposas y de sus hijos.

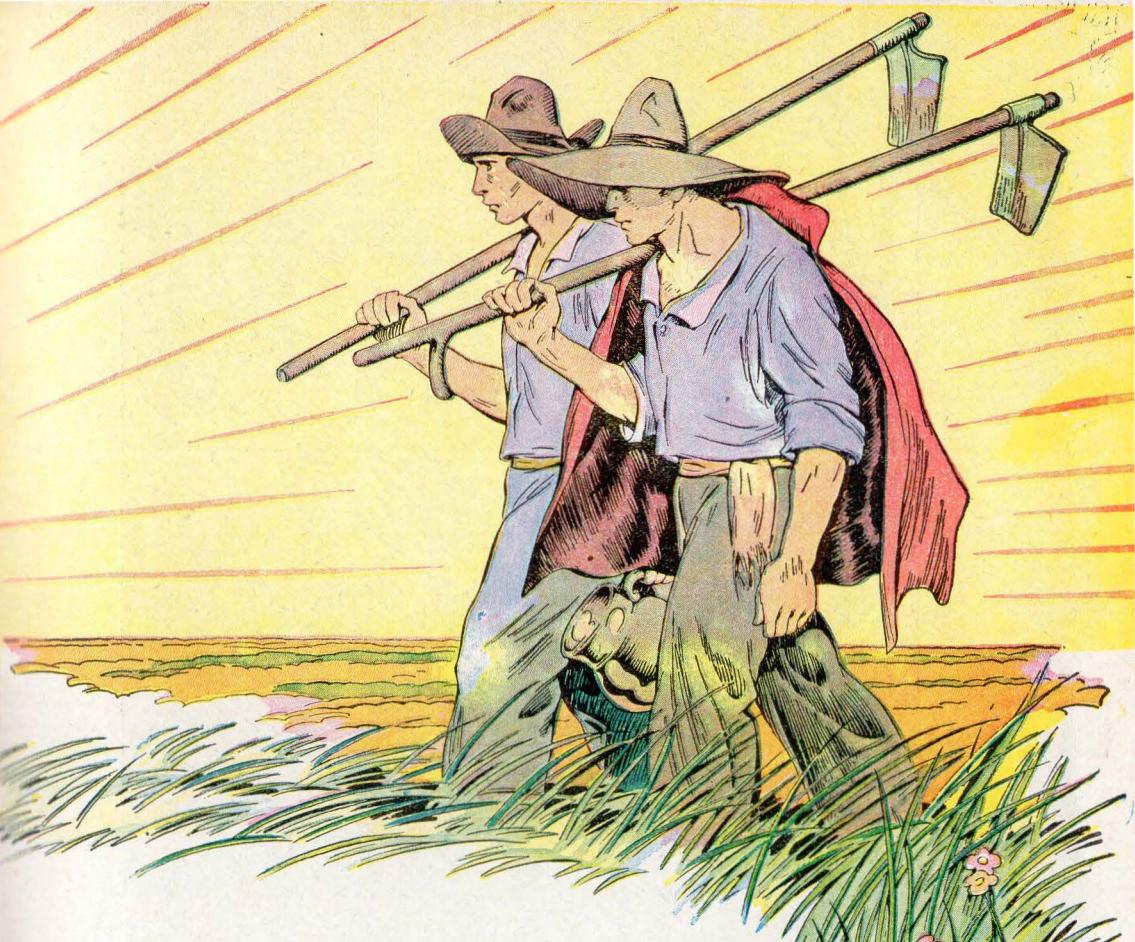




El labrador

*Los campos esperan tu mano
de rudo gañán forjador,
y el sol que se eleva en el cielo
llamándote está, labrador.*

*La tierra negruzca reclama
el beso fecundo de amor:
abramos su seno cantando;
ya es hora, feliz labrador.*



*Y con el arado
el surco tracemos
y en él la simiente
dorada arrojemos.*

*Con la azada, al hombro
marchemos así...
que el campo se cubre
de un verde matiz.*

CLODOMIRO DE CABOTEAU



El tordo y el hornero

El tordo: ¿Qué está haciendo, amigo hornero?

El hornero: Ya lo ve, amasando barro para construir mi casita.

El tordo: ¡Siempre trabajando! Usted no descansa nunca. Y total, ¿para qué?

El hornero: ¿Cómo para qué? Yo tengo familia,

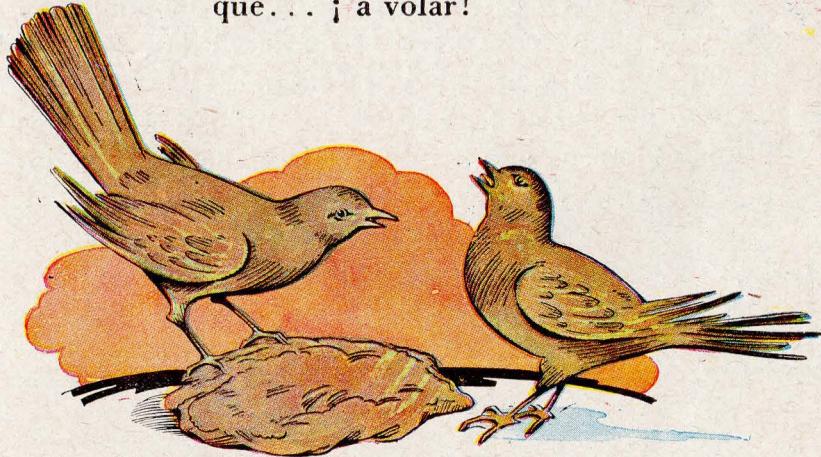
amigo. Mi compañera necesita casa para empollar sus huevecitos.

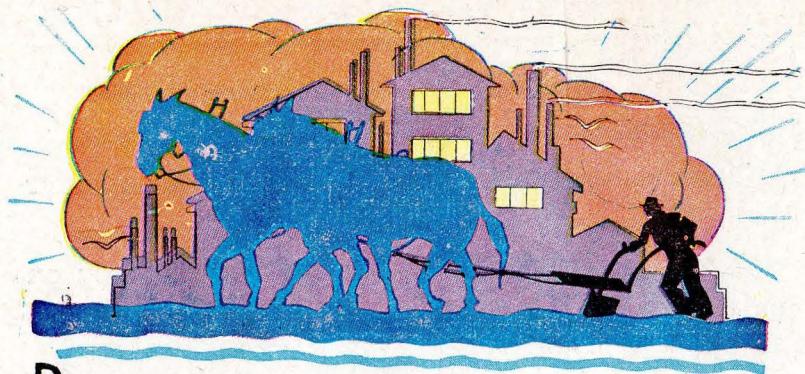
El tordo: ¡Bah! ¡Bah! Los huevos se ponen en cualquier parte. Eso mismo le decía yo al maestro carpintero el otro día.

El hornero: ¿Sí? Y él ¿qué le dijo?

El tordo: Ni siquiera me contestó. Es un mal educado. Siguió taladrando un tronco. Creo que estaba fabricando su nido. ¡Tac, tac, tac! ¡Todo el santo día! ¿No le parece que el carpintero podía haber suspendido un rato su trabajo para atenderme? ¿No es así? Pero ¡conteste, amigo! ¿Usted también se hace el sordo?

El hornero: Oiga, señor haragán: ya he aguantado bastante su charla. Si usted no trabaja, deje, al menos, trabajar a los demás. Conque... ¡a volar!





Bendito sea el trabajo

¡Bendito sea el trabajo! El trabajo de las fábricas enormes y el de los ta-

lleres modestos; el trabajo de los mil oficios de las ciudades y el de los hombres del campo.

Bendito sea el que construye la casa, forja la herramienta o guía los trenes y los navíos; y el que arroja la semilla en los surcos, siega las mieses, ata las gavillas, muele el trigo o amasa el pan nuestro de cada día.

Bendito sea el trabajo de las manos femeninas. Manos que hacen correr la aguja, hilan, tejen y tienen limpia y arreglada la casa.

Bendito sea el trabajo de los niños; el de esos niños animosos que ayudan a sus padres en las duras faenas, y el de esos otros, verdaderos héroes, que ganan el pan para sus madres viudas y para sus hermanitos huérfanos.



Obreros

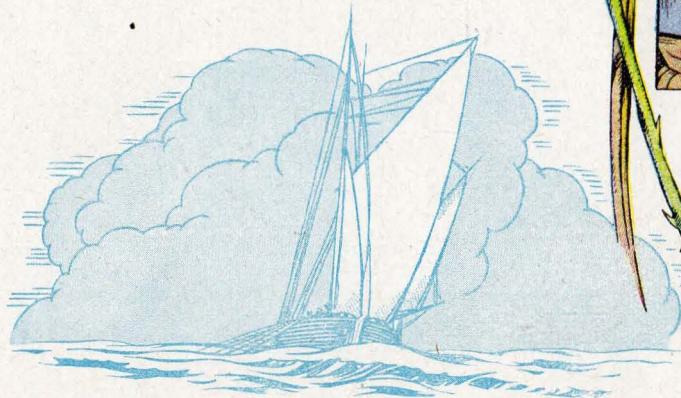
*Mirando una rosa,
mirando un clavel,
he visto la abeja
que libaba miel.*

*Mirando una torre
vi que un albañil
construía un palacio
en el mes de abril.*

*Mirando las barcas
vi que un pescador
sacaba las redes
colmadas, al sol.*

*Mirando los soles,
los soles de Dios,
¿qué obrero hizo el cielo,
la tierra y el sol?*

JULIA BUSTOS.



Paseos de vacaciones

la costa

¡Qué hermosos paseos hice durante las pasadas vacaciones!

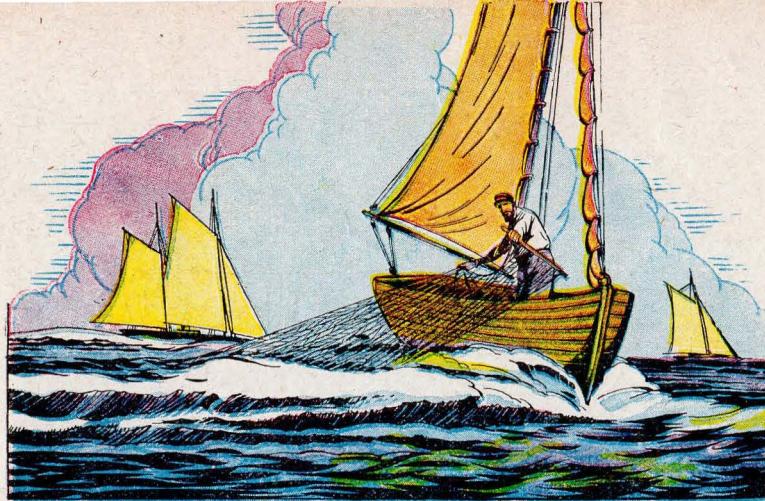
Mi padre es vendedor viajero de una casa de comercio. En su recorrida del verano nos llevó consigo por diversas regiones del país.

Empezamos nuestra excursión visitando las costas del mar, al sur de la provincia de Buenos Aires.

Nunca había visto un espectáculo tan soberbio. El mar estrella sus olas contra las costas rocosas. En cambio, en las playas arenosas las olas se tienden suavemente como manteles con orlas de espuma.

Las gentes de las costas viven generalmente de la pesca. Las débiles barcas se internan en el mar desafiando las olas y los vientos. En ellas van los bravos pescadores, para sacar en sus redes los variados peces con que nos alimentamos.





Los pescadores

¡Qué agradable la vida del pescador! ¡Qué lindo hacerse a la vela en las mañanas claras! ¡Y luego volver entonando canciones con la barca cargada de peces!

¡Qué delicia pescar de noche, a la luz de la luna! El vientecito del mar acaricia la cara...

—Dime, Juanito: ¿no has pensado nunca en los días de niebla, en las mañanas frías del invierno, en las noches tempestuosas, en el mar revuelto? ¿No has oido hablar de barcas de pescadores que han partido y no han vuelto nunca?

Juanito se quedó pensativo. Comprendió que no hay alimento, que no hay bien de Dios que se consiga cantando a la luz de la luna.



Las barrancas

Después de recorrer las poblaciones de las costas, nuestro viaje continuó por las orillas del río Paraná. Visitamos muchos pueblos de las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe.

¡Qué hermosos paisajes se pueden contemplar desde lo alto de las barrancas! Tierras labradas, llenas de huertas, jardines y montes de frutales; arboledas espesas que bordean el río; pájaros de todas clases que cruzan los aires.

Las aguas del Paraná corren tranquilas. El río parece un camino de tierra parda. Pero bajo los rayos del sol brillan las crestas de las olas pequeñitas.

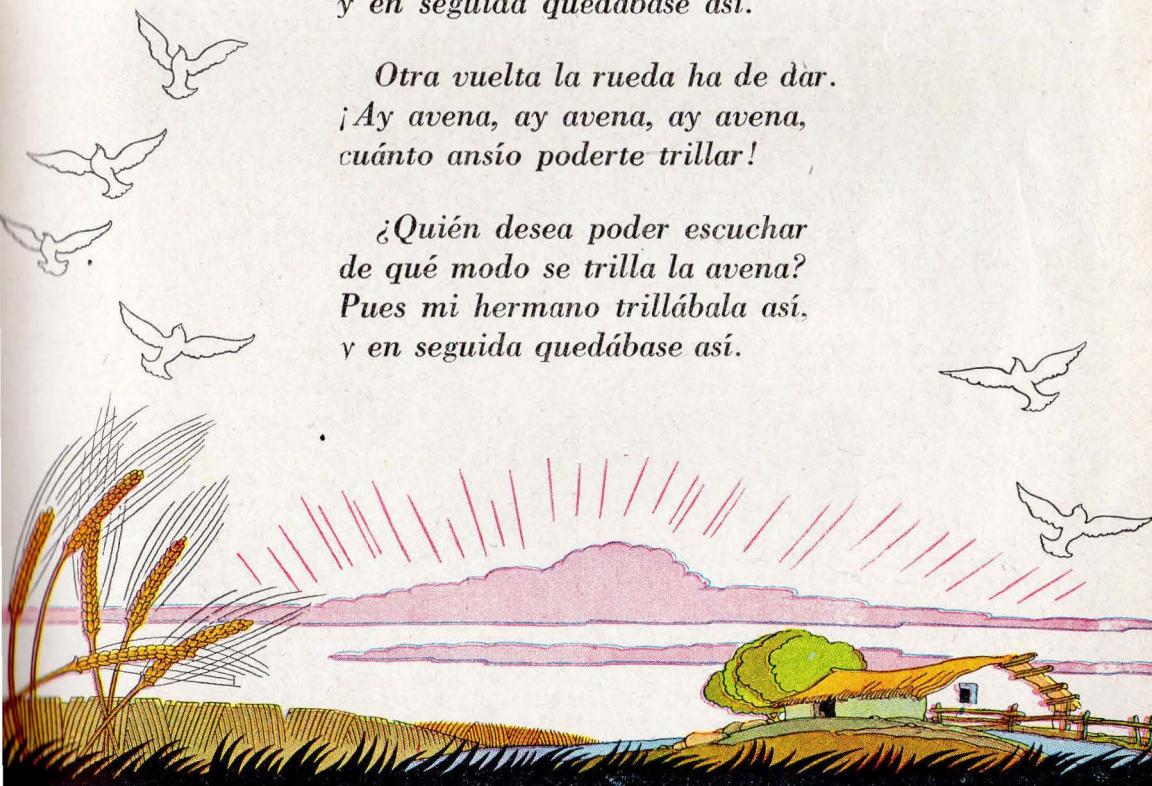
De cuando en cuando pasa una embarcación cargada de naranjas o duraznos, un lanchón cargado de maderas, o un barquito de paseo con las velas blancas como una gaviota.

Ronda del labrador

*¿Quién desea poder escuchar
de qué modo se lia la avena?
Pues mi hermano liábala así
y en seguida quedábase así.*

*Otra vuelta la rueda ha de dar.
¡Ay avena, ay avena, ay avena,
cuánto ansio poderte trillar!*

*¿Quién desea poder escuchar
de qué modo se trilla la avena?
Pues mi hermano trillábala así,
y en seguida quedábase así.*



*Otra vuelta la rueda ha de dar.
¡Ay avena, ay avena, ay avena,
cuánto ansio poderte segar!*

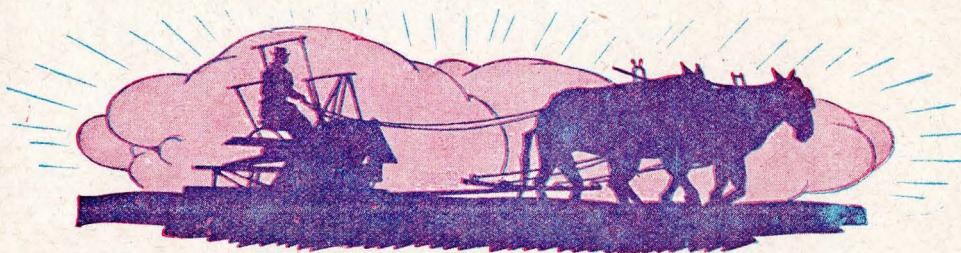
*¿Quién desea poder escuchar
de qué modo se siega la avena?
Pues mi hermano segábala así,
y en seguida quedábase así.*

*Otra vuelta la rueda ha de dar.
¡Ay avena, ay avena, ay avena,
cuánto ansio poderte sembrar!*

*¿Quién desea poder escuchar
de qué modo se siembra la avena?
Pues mi hermano sembrábala así
y en seguida quedábase así.*

*¡Ay avena, ay avena, ay avena,
cuántas vueltas te tengo que dar!*

X.





El enemigo

¡La langosta! ¡La lan-
gosta!

Al principio eran po-
cas. Sus alas brillaban en
el aire a la luz del sol. Se



posaban sobre los pastos tiernos, sobre las ramas verdes.

Al rato el número aumentó. Sobre el pasto se veían las sombras de millares de insectos voladores.

—¡Pronto, las latas! ¡Hagamos ruido para espantarlas!

Trabajo inútil. La manga cayó sobre el campo cubriendo los sembrados, los arbustos, los árboles. Inútil el ruido de las latas, inútil el humo de las hogueras.

Horas después las langostas levantaron el vuelo dejando el campo pelado. ¡Adiós trabajos y afanes de un año! ¡Adiós ilusiones de ricas cosechas!

Y los chacareros se convencieron de que para combatir al terrible enemigo es necesario prevenirse con los medios modernos que recomiendan las autoridades.



Las sierras

En Rosario tomamos el tren que nos condujo a Córdoba. De Córdoba traigo el recuerdo de las sierras.

¡Qué paisajes encantadores! El automóvil avanza por los caminos bordeados de arbustos. Los caminos trepan por las laderas, se esconden entre los bosques tupidos, o se internan en los valles profundos.

Los ganados pacen libremente, sin pastores ni alambrados.

En el fondo de los valles corren ríos claros sobre lechos de piedras.

Al dejar las sierras vimos muchos campos llanos de pastoreo.

En las numerosas estancias y en las chacras cordobesas reside la riqueza de esta gran provincia central de la República Argentina.



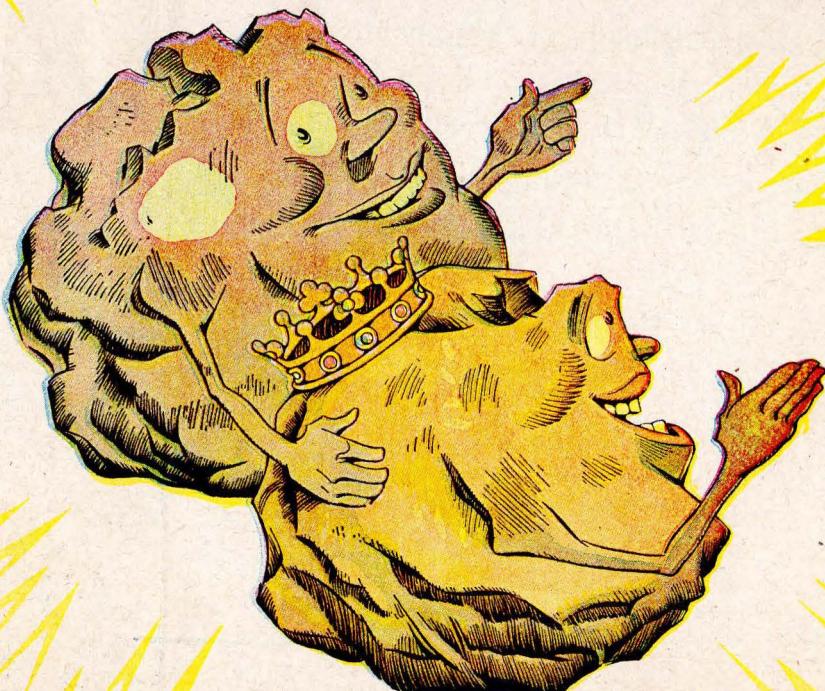
Entre minerales

El oro: ¿Qué
me dices, pri-
mita, de las pre-
tensiones de
estos minerales

brutos? ¿Has oído decir que
pretenden pertenecer a nuestra
misma familia?

La plata: Sí, algo de eso me
ha dicho mi hermano el pla-
tino.

El oro: Figúrate que afir-
man que el valor de la sal,





del granito, de la cal o
del hierro es tan gran-
de como el nuestro.

La plata: ¡Se necesita desfachatez para compa-
rarse con nosotros! Por algo los hombres nos llaman
metales preciosos.

El hierro: ¿Me permiten decir una palabra, se-
ñores vanidosos? Nosotros nos sentíamos orgullo-
sos de pertenecer a la misma familia porque tam-
bién ustedes son, a veces, útiles al hombre. Pero
ahora nos damos cuenta de que toda la gloria de
ustedes reside en el brillo. Pues bien, nosotros, que
somos humildes y oscuros, estamos muy satisfechos
de nuestro valor. No brillamos; no somos precio-
sos; pero somos más útiles al hombre que todos
ustedes. ¿Qué haría el hombre sin granito, sin yeso,
sin cal, sin plomo, sin hierro? Brillen ustedes en
alhajas y adornos vanos. Nosotros cumpliremos
nuestro modesto destino sirviendo en las construc-
ciones que son el orgullo del hombre moderno.

Memorias de un ancla vieja —



Una draga, cavando en el canal de la rada de Buenos Aires, desenterró un ancla herrumbrada y roída. La llevaron al puerto, y fué a parar a un depósito de hierros viejos.

—¿Quién será esta inválida recién venida? — preguntó un tirante reforzado a una encorvada baranda.

—Por su forma parece un ancla antigua. La pobre debe tener siglos de existencia.

El ancla alcanzó a oír las últimas palabras y dijo:

—No te equivocas, amiga baranda. Hace más de cuatro siglos yo era el ancla de un gallardo velero español. Con otros trece navíos vine hasta



las aguas del Plata. A la orilla del gran río vi surgir las chozas que formaron la primera ciudad de Buenos Aires. Cuando los indios querandíes arrojaban sus flechas incendiarias sobre las construcciones de los hombres blancos, los maderos de las naves se estremecían de terror.

Un día las flechas alcanzaron a mi gallardo velero y las llamas lo devoraron en pocas horas. Desde entonces, hundida en el barro, bajo las aguas turbias, no volví a ver la luz del sol.

Otros recuerdos del ancla

En las oscuras profundidades del río me llegaban de tanto en tanto los ecos de Buenos Aires.

Al poco tiempo de partir Mendoza la ciudad fué atacada seguidas veces por los querandíes.

Años más tarde los pobladores decidieron trasladarse a un lugar más seguro. Se fueron a la Asunción, ciudad situada a muchas leguas hacia el norte.

Cuarenta años después llegó don Juan de Garay. Este sí era un hombre de orden, tenaz y previsor. La ciudad trazada por él no se perdió jamás. Empezó el progreso, primero bajo los gobernadores, luego bajo los virreyes.

Recuerdo que a principios del siglo pasado hubo rumores de guerra. Hasta el fondo del río bajaron unas anclas inglesas.

Los ingleses venían a apoderarse de estas tierras, confiados en la debilidad de la colonia española del Plata. No pensaron en los criollos. La lucha fué tremenda. Meses después los barcos ingleses levantaron anclas. Los hijos de Buenos Aires, los nuevos pobladores de las riberas del Plata, hicieron comprender a los invasores que no era empresa fácil conquistar estas tierras.





Juan Martín de Pueyrredón

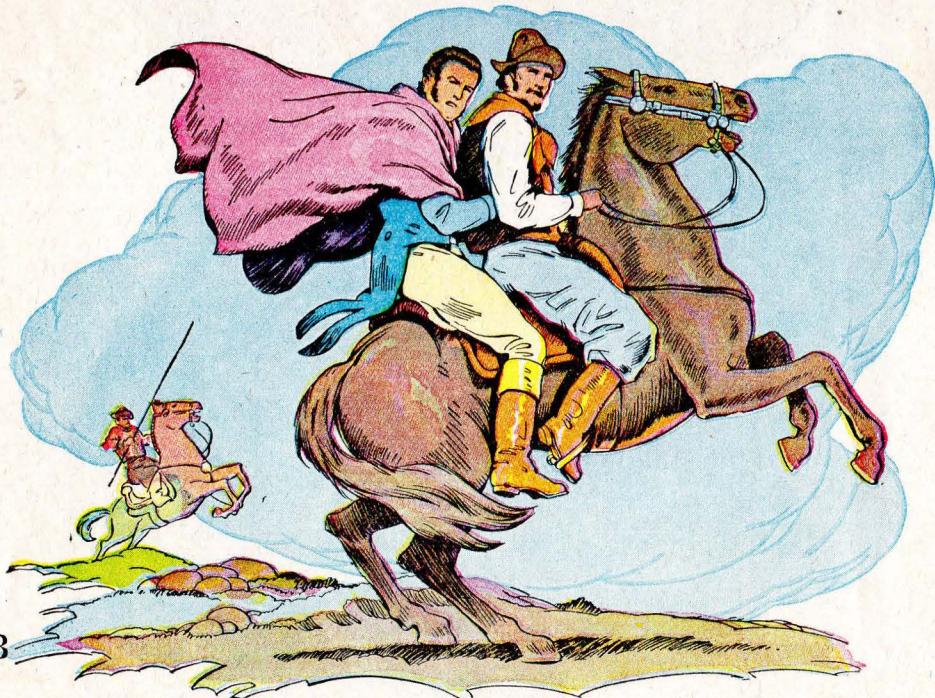
Cuando los ingleses se apoderaron de la ciudad de Buenos Aires todos los habitantes estaban tristes. ¿Qué podían hacer contra el enemigo si el virrey Sobremonte había huído?

¡Qué cobarde! ¡Entregar así la capital del virreinato!

Entre tanto los criollos pensaban en prepararse para combatir. En las afueras de la ciudad se reunieron los paisanos de la campaña. Juan Martín de Pueyrredón iba a dirigirlos en la lucha.

Los ingleses se enteraron de los preparativos de los criollos y los atacaron por sorpresa. En ese combate Pueyrredón casi pierde la vida. Una bala mat  su caballo; el jinete saltó a tiempo y se alejó en las grupas del caballo de uno de los suyos.

El ejemplo de Pueyrredón y sus paisanos fué seguido por todos los criollos. Cuando Liniers organizó las fuerzas para echar a los ingleses, todos corrieron a formar en las filas libertadoras.



Dos amores

*Guardo en mi alma de niña,
como en urna de diamante,
dos amores palpitantes
de pureza sin igual:*

*uno que vive en mi pecho
desde que vivo en el mundo;
otro, no menos profundo,
que la escuela hizo brotar.*

*Sobre todo, en cielo y tierra,
te quiero a ti, madre mía,
a ti, que eres mi alegría,
mi dicha, mi luz, mi amor.*

*Después de ti... ¡Oh patria amada!:
tu amor en mi alma se expande.
Y como mi alma es muy grande
hay lugar para las dos.*



Mayo de 1810

Después que los habitantes de Buenos Aires derrotaron a los ingleses en 1806 y 1807, los cuerpos de ejército no se disolvieron. Entre los regimientos que se habían distinguido estaba el de Patricios.

El jefe del Regimiento de Patricios era don Cornelio Saavedra. Cuando, tres años más tarde, los criollos pensaban quitar el mando al virrey español, tenían puestas sus esperanzas en el glorioso regimiento.

Y, efectivamente, el virrey Cisneros empezó a ceder cuando tuvo la certeza de que Saavedra y sus soldados apoyaban el movimiento del pueblo.

Durante la memorable jornada del 25 de mayo los criollos revolucionarios llevaban como distintivo cintas blancas y celestes. Estos eran, precisamente, los colores del uniforme de los patricios.

El pueblo se había reunido frente al Cabildo para pedir la renuncia del virrey español.

Una vez que Cisneros hubo renunciado, se constituyó una junta de gobierno. Esta junta estaba compuesta por Saavedra, Paso, Moreno, Belgrano, Castelli, Azcuénaga, Alberti, Matheu y Larrea.



Símbolos Nacionales.



Juan José Paso



Mariano Moreno

Cornelio
Saavedra

La



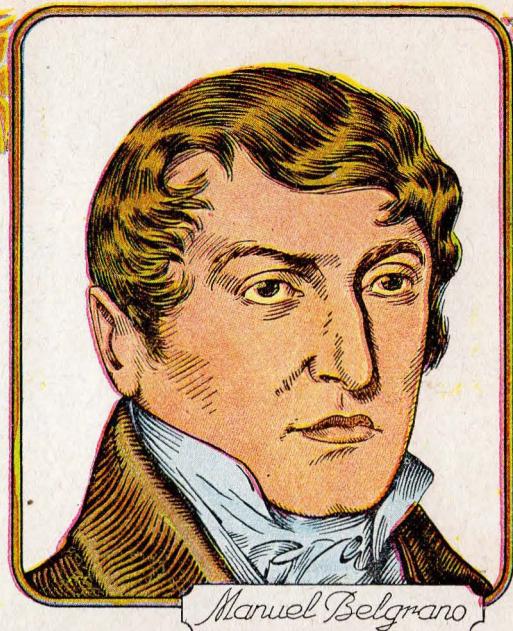
M. Azcuénaga



Manuel Alberti



J. José Castelli



Manuel Belgrano

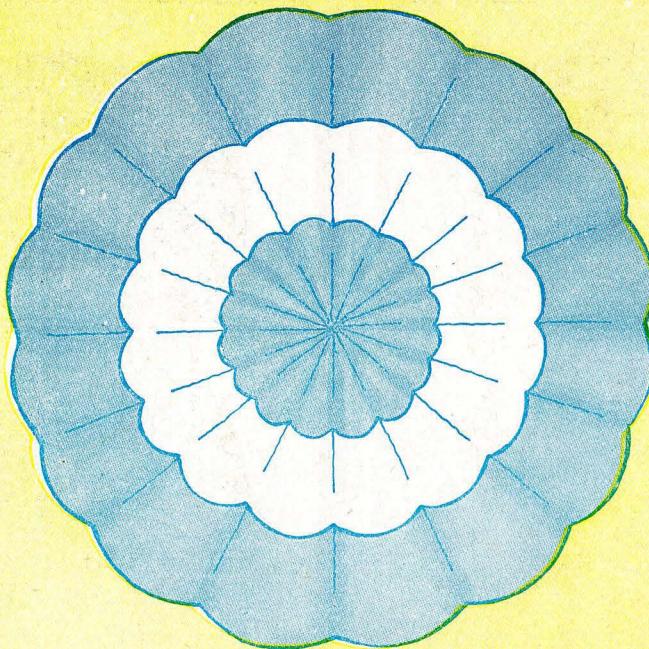
Primera Junta



D. Matheu



Juan Larraea

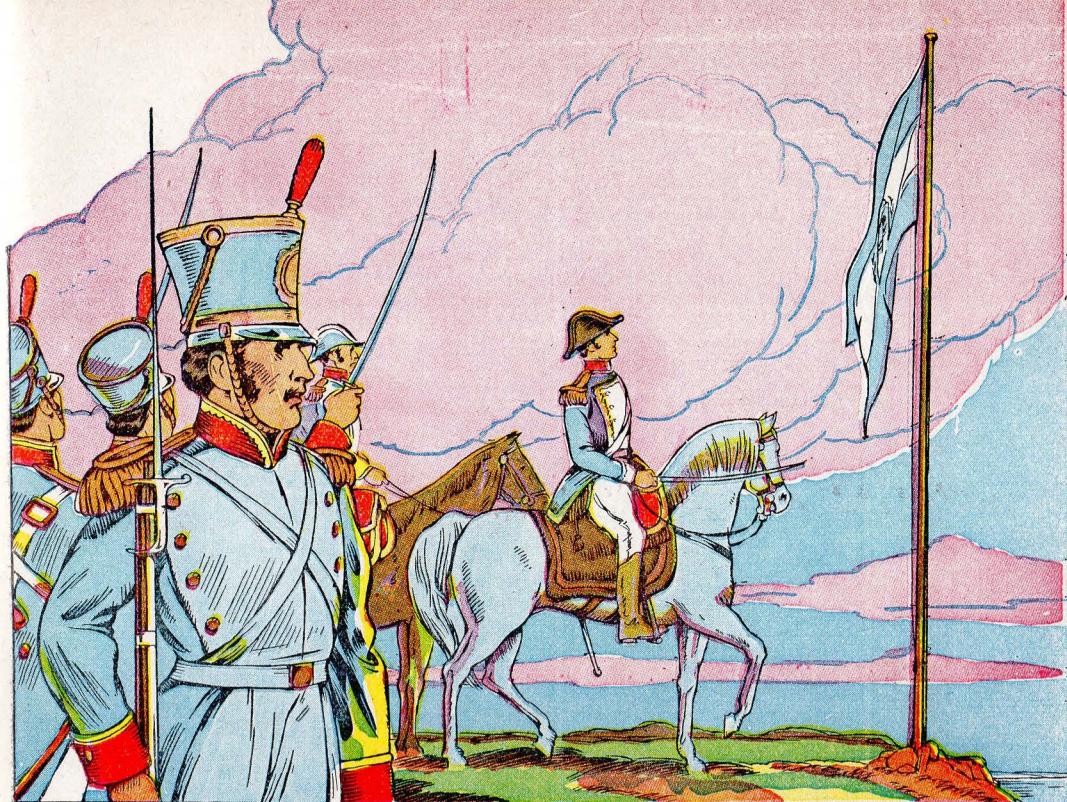


La escarapela

*En el pecho de los niños
un pájaro posó el vuelo,
un pájaro pequeño
del mismo color del cielo.*

*Suave avecilla de seda
de azul y blanco plumón,
que se mueve sobre el pecho
al latir el corazón.*

*¡Cómo empenachas de orgullo,
simbólica escarapela,
las almas limpias y puras
de los niños de la escuela!*



La escarapela y la bandera

Cuando Belgrano fué nombrado jefe de las fuerzas que debían vigilar las orillas del río Paraná, cerca de Rosario, mandó emplazar dos baterías. Una fué bautizada con el nombre de “Libertad” y la otra con el de “Independencia”.

Allí, en las barrancas del Rosario, Belgrano pensó distribuir distintivos celestes y blancos a sus hombres.

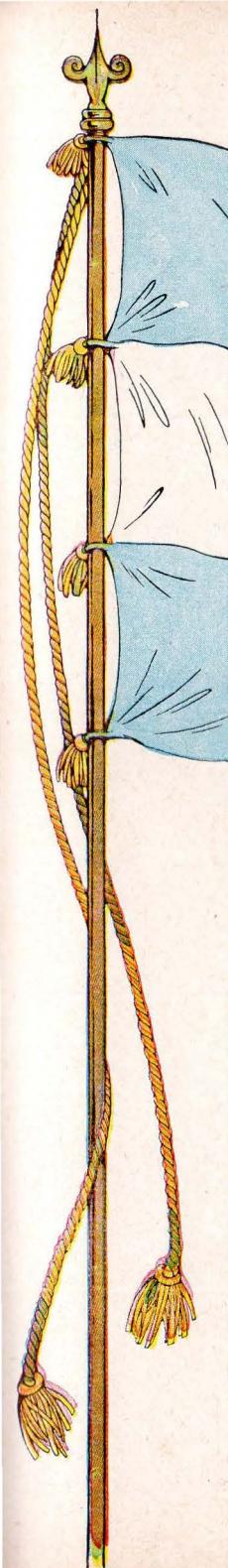
Los soldados recibieron con entusiasmo la escarapela celeste y blanca. Sin embargo la bandera de guerra seguía siendo la española.

El día de la inauguración de las baterías, Belgrano hizo enarbolar una bandera con los mismos colores de la escarapela.

Así nació la bandera argentina, el 27 de febrero de 1812, formada con los colores que usaron los Patricios y los revolucionarios de mayo de 1810.

Belgrano, con su espada en alto, habló a sus hombres del nuevo símbolo sagrado. Al terminar su arenga se oyó un clamor en las barrancas del Paraná: “¡Viva la Patria!” Era la respuesta de los soldados.





Los colores de nuestra bandera

AZUL: *Yo soy el color azul,
el del cielo despejado,
cuando se muestra bañado
en radiante y viva luz.*

BLANCO: *Soy el color de la nube
que se extiende por el cielo,
imitando con su vuelo
las alas de algún querube.*

AZUL: *Yo pinto la nomeolvides
y la humilde campanilla.*

BLANCO: *La margarita sencilla
se adorna con mi color.*

AZUL: *Soy emblema de inocencia.*

BLANCO: *La paz anuncio a mi paso.*

BLANCO Y AZUL: *Y contigo en dulce abrazo
soy símbolo de candor.*

BLANCO: *Cuando el arte representa
a la doncella más pura
da a su traje mi blancura.*

AZUL: *Y mi celeste a su tul.*

BLANCO Y AZUL: *Y cuando el alma argentina
surgió a conquistar la gloria,
fué su nuncio de victoria
un lazo blanco y azul.*

Don Manuel Belgrano

Don Manuel Belgrano nació en Buenos Aires el año 1770. Se distinguió como militar durante las invasiones inglesas. En mayo de 1810 formó parte de la Primera Junta de Gobierno. Inmediatamente después fué nombrado jefe de la expedición libertadora enviada al Paraguay.

El 27 de febrero de 1812 creó la bandera argentina. Poco después derrotó al ejército español en Tucumán y en Salta.

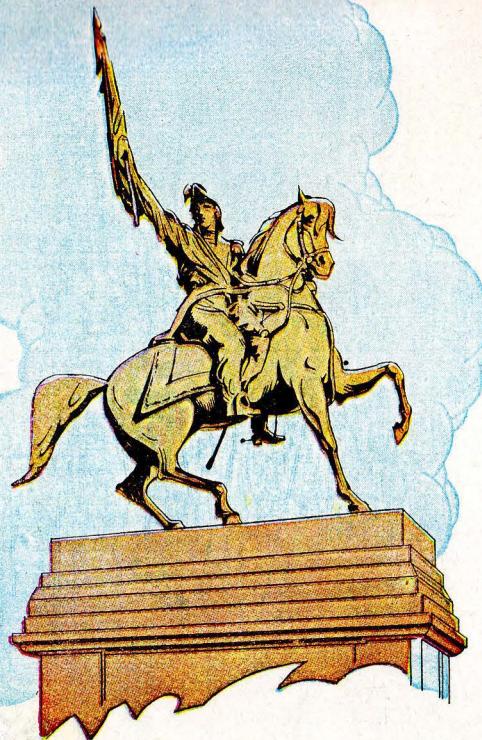
Después de las victorias de Tucumán y Salta el gobierno obsequió al general Belgrano con la suma de cuarenta mil pesos.

¿Sabéis qué hizo el prócer al recibir la noticia? Contestó agradeciendo el regalo; pero pidió que con esa suma se fundaran cuatro escuelas.

Él mismo redactó el reglamento de esas escuelas. y se ocupó hasta de los detalles menudos. Porque Belgrano, si bien empuñó la espada para defender la libertad de su patria, era un hombre de paz. Amaba el saber. En su juventud se había



ocupado de la enseñanza. En 1810 regaló sus libros a la Biblioteca Nacional fundada por Moreno. Y ya en 1813, cuando era un glorioso general, volvía a dedicar su dinero y sus afanes en bien de la niñez. Quería que todos los argentinos supiesen leer y escribir. Deseaba que todos fuesen buenos y patriotas. Por eso don Manuel Belgrano fué llamado la figura angélica de la Revolución de Mayo.



Recuerdos gloriosos

Las calles de nuestra ciudad recuerdan con sus nombres a los benefactores del país. Entre ellos hay soldados de nuestros ejércitos, sabios, escritores, poetas y grandes gobernantes. Algunas calles y avenidas llevan nombres de provincias argentinas o de ciudades de países amigos.

En casi todas las plazas de la ciudad hay bellos monumentos de bronce o de mármol. Algunos han sido levantados para recordar los grandes hechos de nuestra historia: la Revolución de Mayo, la Jura de la Independencia, las victorias de nuestros ejércitos, etc. Otros recuerdan a héroes, gobernantes, sabios y poetas argentinos.

Honremos la memoria de nuestros antepasados descubriendonos respetuosamente al pasar delante de sus monumentos.



Romance de la niña que pide

*Por calles de Buenos Aires
el padre y la niña van.
—Papito, quiero bombones.
—No, niña, que te hacen mal.
—Papito, quiero duraznos..
—No, que maduros no están.
—Papito, quiero un tranvía.*

—¡Si no lo puedes llevar!
—Malo, muy malo es mi padre,
y ¡qué buena es mi mamá!
—Tu padre nunca fué malo.
Pide otra cosa y verás.
—Cómprame entonces un loro,
una aguja y un dedal,
un auto como el de Pocha
y un pito como el de Juan.
—Con los loros no se juega
y los pitos suenan mal;
pero el auto y las agujas
tu madre te los dará.

Mira esa casa y no pidas.
—¡Quiero esa casa, papá!

*Por calles de Buenos Aires
el padre y la niña van;
la niña todo lo pide
y el padre nada le da.*

SALVADOR MERLINO.

Las calles arboladas

En mi barrio todas las calles están arboladas.

¡Qué fresca sombra dan los paraíso en verano! ¡Qué suave perfume se siente en primavera! ¡Qué delicado color el de sus flores menuditas! En otoño los frutos maduros parecen bolitas de oro en las ramas desnudas.

Algunas calles de la ciudad están arboladas con plátanos. La sombra de los plátanos es muy tupida. Las hojas, de dorso de plata, se ponen rojizas al llegar el invierno. Cuando caen forman una alfombra de cobre y oro viejo sobre la calzada.



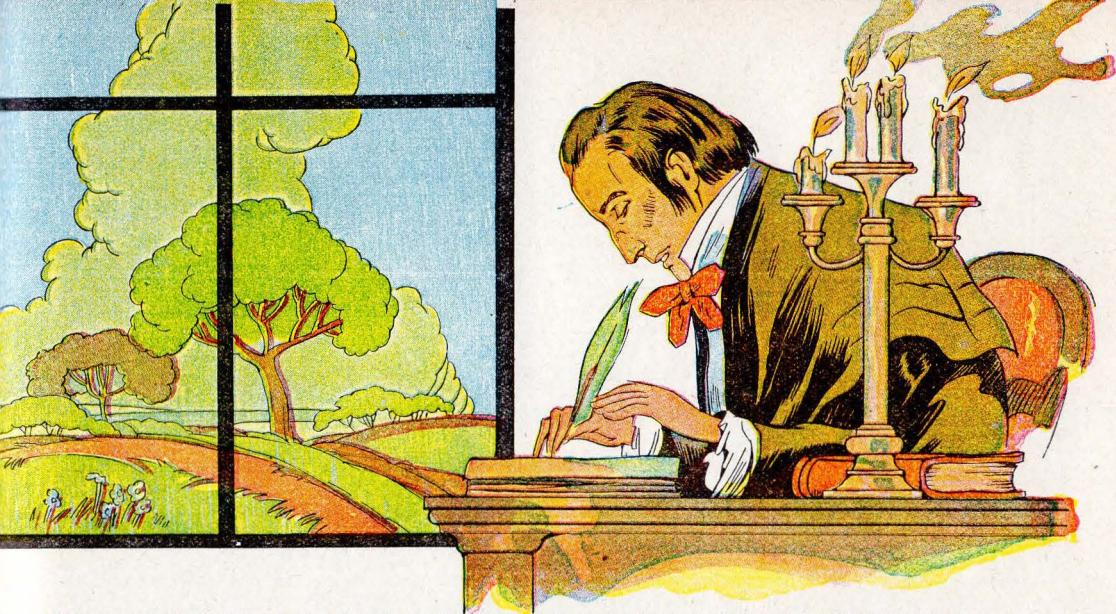
Los barrios industriales

—¡Qué feos son los barrios de las fábricas! Las calles son angostas y sucias. Los pare-

dones de las fábricas son tristes. El humo de las chimeneas ennegrece el aire. Yo prefiero los alrededores de las plazas. Allí las calles son anchas y bien pavimentadas. Las fachadas de las casas son hermosas. Hay negocios elegantes, con vistosas vitrinas.

—Es cierto que los barrios de los grandes talleres y fábricas no son hermosos, pero ellos dan vida a la ciudad. En los barrios industriales se elaboran los productos que se exponen en los escaparates elegantes del centro. ¿Qué diríamos de una casa con un comedor bien arreglado y sin cocina? Respetemos los barrios humildes, donde la industria del hombre elabora los mejores productos de la vida moderna.





Plegaria

*Señor Dios: Haz que no llueva los domingos...
Los domingos con sol son necesarios
como un gabán de lana en el invierno.
Los domingos con sol son para el pobre
su mejor traje nuevo...*

*Te lo pido, Señor, por los chiquillos
de los barrios excéntricos y fríos...
Ellos, Señor, no tienen padres ricos...
¡Haz, pues, que nunca llueva los domingos!*

ROBERTO VALENTI.

Un baño inoportuno

Teodoro era un niño muy travieso.

Sus compañeros de juegos lo llamaban “Pirincho”.

Tenía la mala costumbre de colgarse de la parte trasera de los carros y de los coches. A pesar de las reprimendas de la madre y de los rebencazos de los conductores, “Pirincho” no escarmentaba.

Un día le costó cara la travesura. Escuchen:

Todas las tardes pasaba delante de la casa de Teodoro el carro del aguatero que riega la avenida grande. Una vez el muy travieso corrió a encaramarse en la parte trasera y se acomodó sobre un grueso caño. No había advertido que el caño estaba lleno de agujeritos.

Los chicos del barrio que lo vieron sentado allí empezaron a gritarle:

—¡Muy bien, “Pirincho”! ¡Así me gusta! ¿Tienes calor? Pronto se te pasará.

Algunos señores lo miraban y se reían.

Teodoro no entendía nada. ¿Qué significaba eso del calor? ¿Y por qué se le pasaría pronto?

Mientras iba pensando en eso el carro llegó a la avenida grande. De pronto, ¡clic! se oyó un ruido

seco y un millar de chorros de agua surgieron del grueso caño. ¡Qué lluvia, pobre Teodoro! Como el agua le obligó a cerrar los ojos, no pudo bajar en seguida del carro.

—¡Muy bien, “Pirincho”, muy bien!

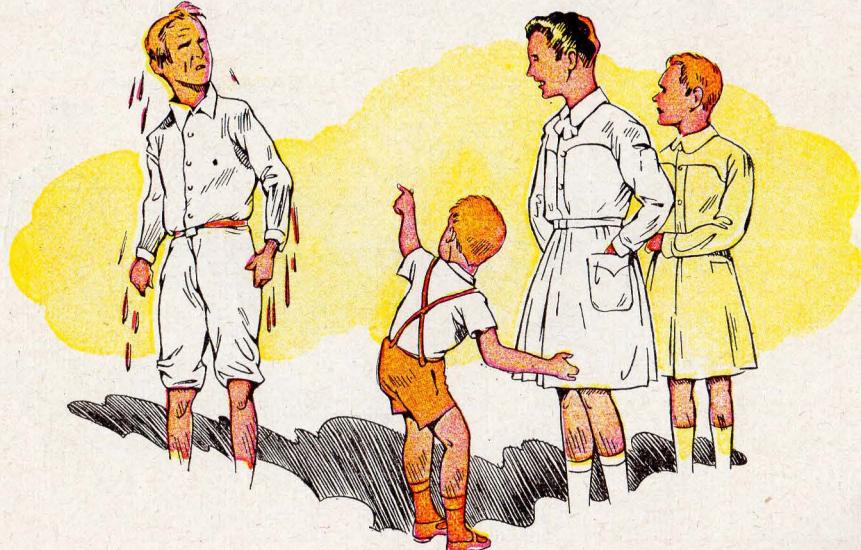
—¿Está fresquita el agua?

—¡Tomaste un baño gratis, eh!

—¿Se te mojaron los pirinchos?

Teodoro, mojado de pies a cabeza, se encaminó hacia su casa sin decir una palabra. Las burlas de sus compañeros lo llenaban de vergüenza.

Nunca quiso contar a sus amigos lo que le pasó cuando la madre lo vió llegar, chorreando como un perro lanudo. Pero el baño de aquel día famoso le quitó para siempre las ganas de colgarse de los vehículos.



La asistencia pública

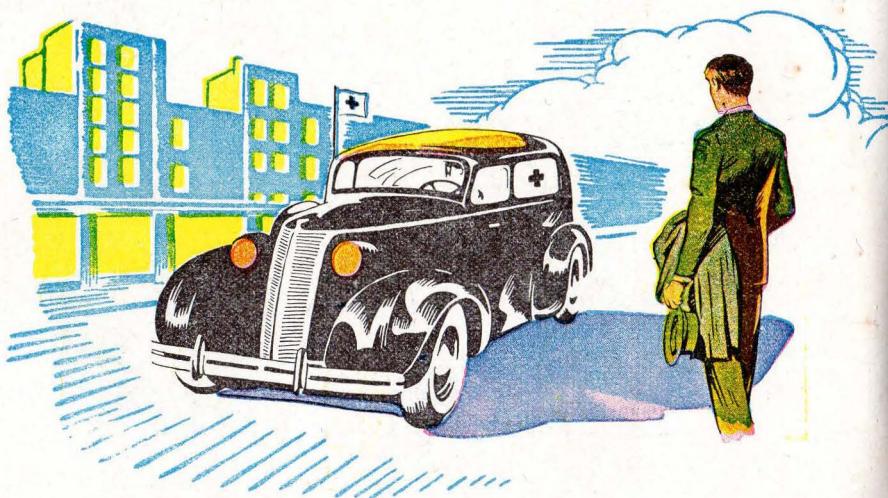
La ambulancia de la Asistencia Pública atraviesa la calle con la velocidad de una flecha.

El sonido de la campana de alarma paraliza el tránsito. Todos los vehículos dejan paso a la ambulancia.

El barrio se alborota. ¿Qué pasa? ¿Un herido? ¿Un enfermo? ¿Quién es? ¿Dónde será?

Al rato la ambulancia vuelve. Su marcha no es tan veloz. Seguramente el auxilio al enfermo ha llegado a tiempo.

¡Cuántas desgracias evita la Asistencia Pública! A cualquier hora, de noche como de día, sus servicios están listos para socorrer al necesitado.





Un incendio

¡Los bomberos! ¡Los bomberos!
La campana de alarma advertía de
lejos la llegada de los carros veloces.
Salimos a la calle para verlos pasar.
En la esquina se agrupaban muchas
personas. Todos hablaban animadamente.

Los carros de los bomberos hacían estremecer el
suelo. Los agentes de policía interrumpían el trán-
sito para darles paso.

—El lugar del incendio debe estar lejos de aquí
—dijo mi padre.

—¿Vamos, papá?

—No, hijo, es peligroso. Más de una vez una explosión o un derrumbamiento han causado desgracias entre los curiosos.

—¿Y los bomberos no corren peligro?

—Ya lo creo. Pero ellos cumplen con su deber. Son hombres fuertes y decididos. Afrontan el peligro con serenidad. No temen a la muerte. ¡Cuántas veces arriesgan sus vidas para salvar a una mujer o a un niño amenazados por el fuego!

—Ahora me explico por qué la gente mira con tanto respeto a los bomberos.





El gorrión

*El inquieto gorrioncito
es dueño de la ciudad.
Conoce todas las calles
y en todas partes está.*

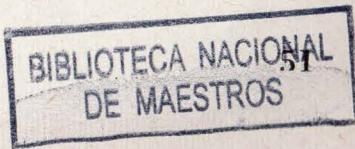
*Nada le falta si puede
conservar su libertad,
pues de lo que el hombre tira
aun le sobra la mitad.*

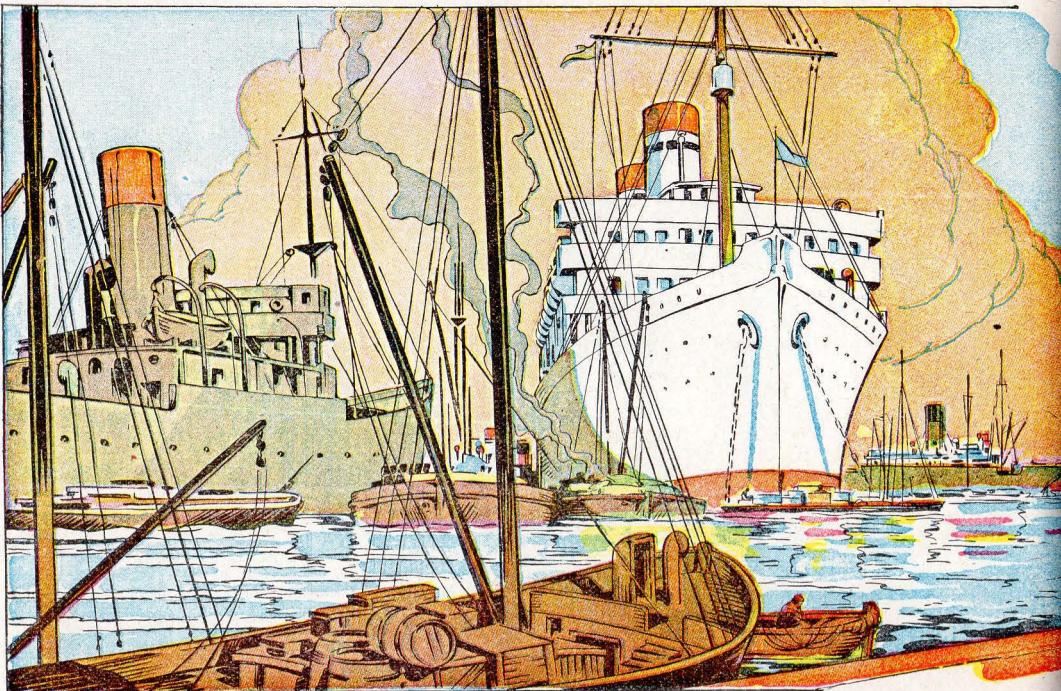
*Educado entre los hombres
que viven en la ciudad,
sabe que para vivir
es forzoso trabajar.*

*Por eso apenas se siente
con fuerzas para volar,
ya se larga de su nido
para ganarse su pan.*

*Picoteando entre las piedras
de la calle lo verás.*

CARLOS D. PUIG.





El puerto

¡Navíos, navíos, navíos! Unos grandes, orgullosos, con chimeneas enormes, con mástiles que llegan a las nubes; otros pequeños, bajos, modestos. Unos limpios y relucientes; otros sucios de carbón, de arena, ennegrecidos por el trabajo y el tiempo. Veleros elegantes, chatas ventrudas, lanchas potentes y forzudos remolcadores descansan



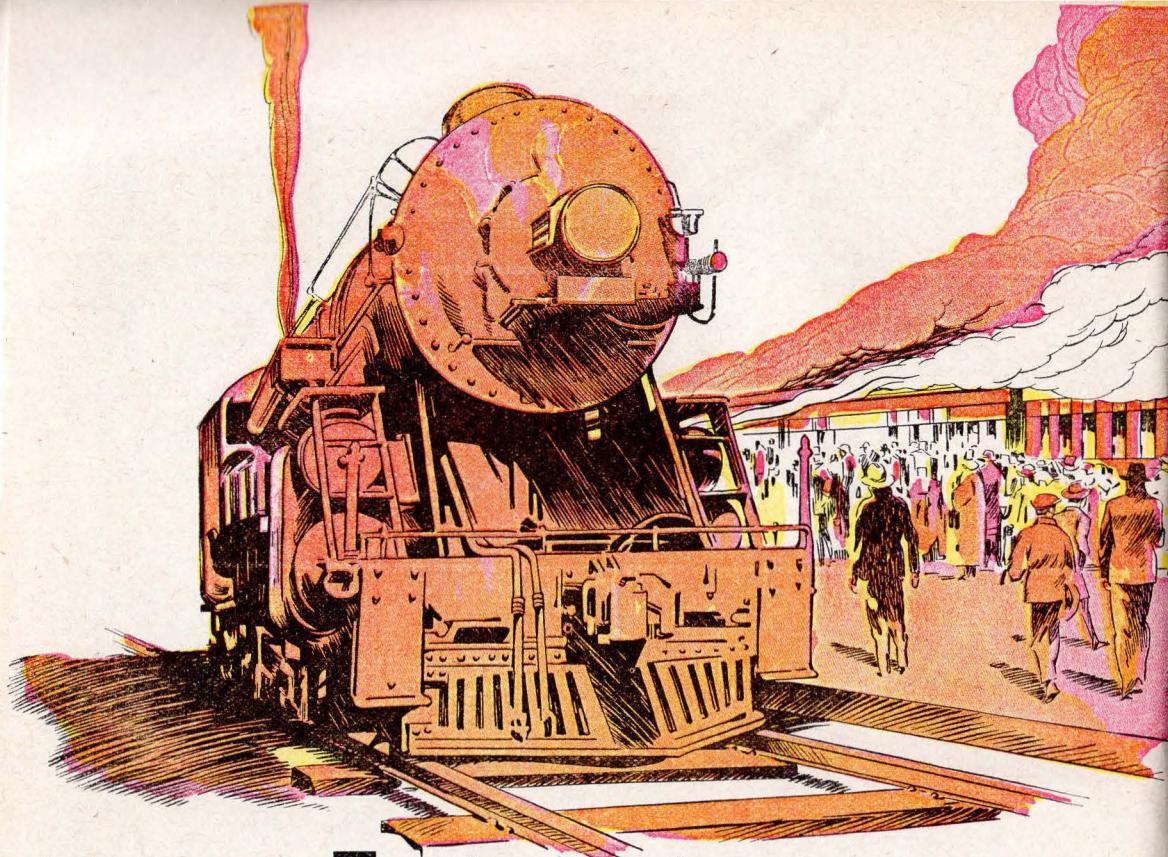
en el puerto de aguas calmas.

Entretanto los cargadores apilan cueros y lanas sobre las cubiertas, descargan cajones y bolsas. Los guinches, como brazos enormes, transportan los bultos grandes de los depósi-

tos a los buques, de los buques a los depósitos.

Carros y camiones, cargados con los productos que traen las naves, se dirigen hacia el corazón de la ciudad.

De pronto, el silbido de una sirena anuncia la partida de un barco. Los remolcadores forcejean para arrastrar la pesada mole. Los pasajeros saludan a los parientes y amigos. Momentos después, del barco no se ve más que el penacho de humo que sus chimeneas arrojan al cielo.



En la estación

¡Cuánto movimiento! ¡Qué trajín! Trenes que llegan, trenes que pasan, trenes que parten. Pasajeros que esperan en los andenes, cargadores que apilan bagajes, conductores, empleados, vendedores; todos hablan, ordenan; piden, ofrecen...

Un tren está por llegar. La señal ha sido bajada. A lo lejos se ve el penacho de humo de la locomotora. El tren avanza; está a doscientos metros. Un silbido



agudo hiere los oídos.
El suelo se estremece.
El tren ha entrado en
la estación.

Aminorá la marcha;
los frenos chirrian; se
entrechocan los para-
golpes; suenan las ca-
denas; una sacudida
leve... el convoy se
ha detenido.

Los pasajeros suben apresuradamente. Se asoman
a las ventanillas. Cambian los últimos saludos con
los parientes, con los amigos.

¡Tan! ¡Tan, tan!

Es la hora de salida.

Se oye un silbido breve de la locomotora; luego
un bufido, y luego otro, y otros, cada vez más
seguidos. El tren está en marcha. Ya salió de la
estación.

Un segundo silbido de la máquina, más prolon-
gado. El tren se aleja a toda velocidad.

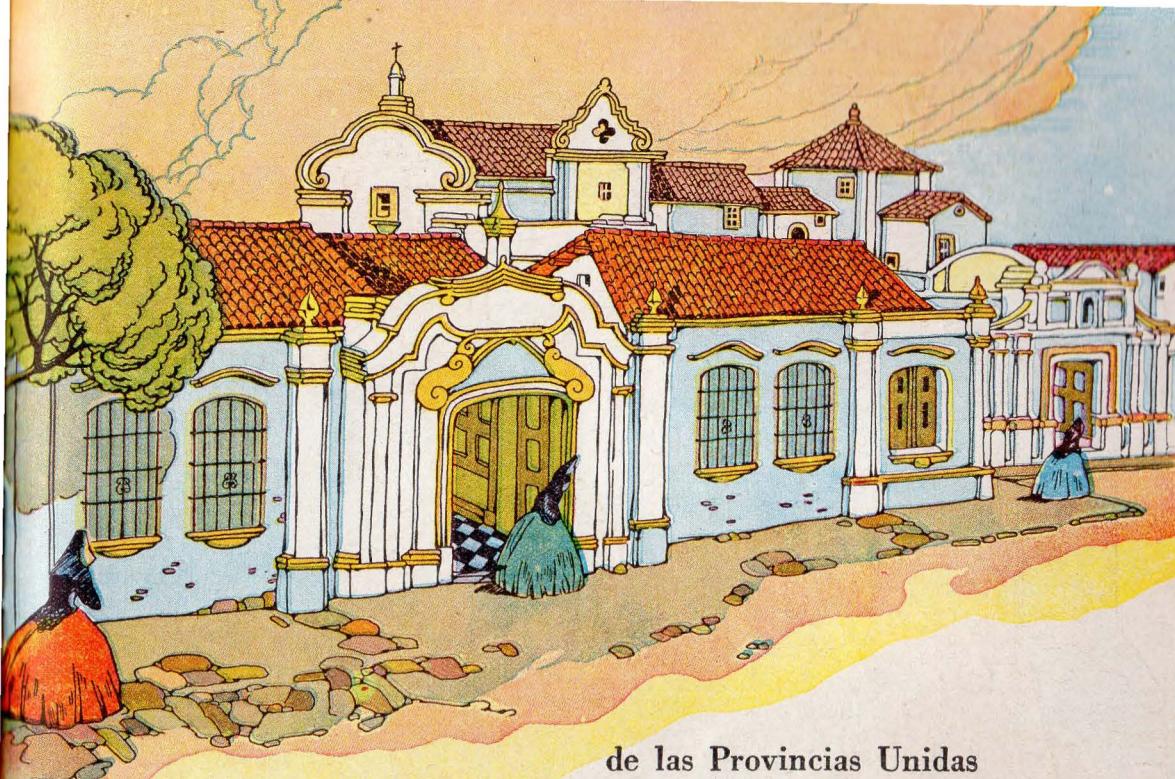
Al cabo de un minuto no se ve más que un punto
oscuro a lo lejos, sobre la doble cinta metálica de
la vía interminable.

Tucumán

Al comenzar el otoño de 1816 los tucumanos vieron llegar a los hombres más ilustres de las otras provincias.

La ciudad de San Miguel de Tucumán estaba ligada a los mejores recuerdos del pasado. ¿Recordáis que fué en Tucumán donde el general Belgrano derrotó a los españoles en 1812? Por eso en 1816 fué elegida para que se efectuase en ella la reunión de los diputados



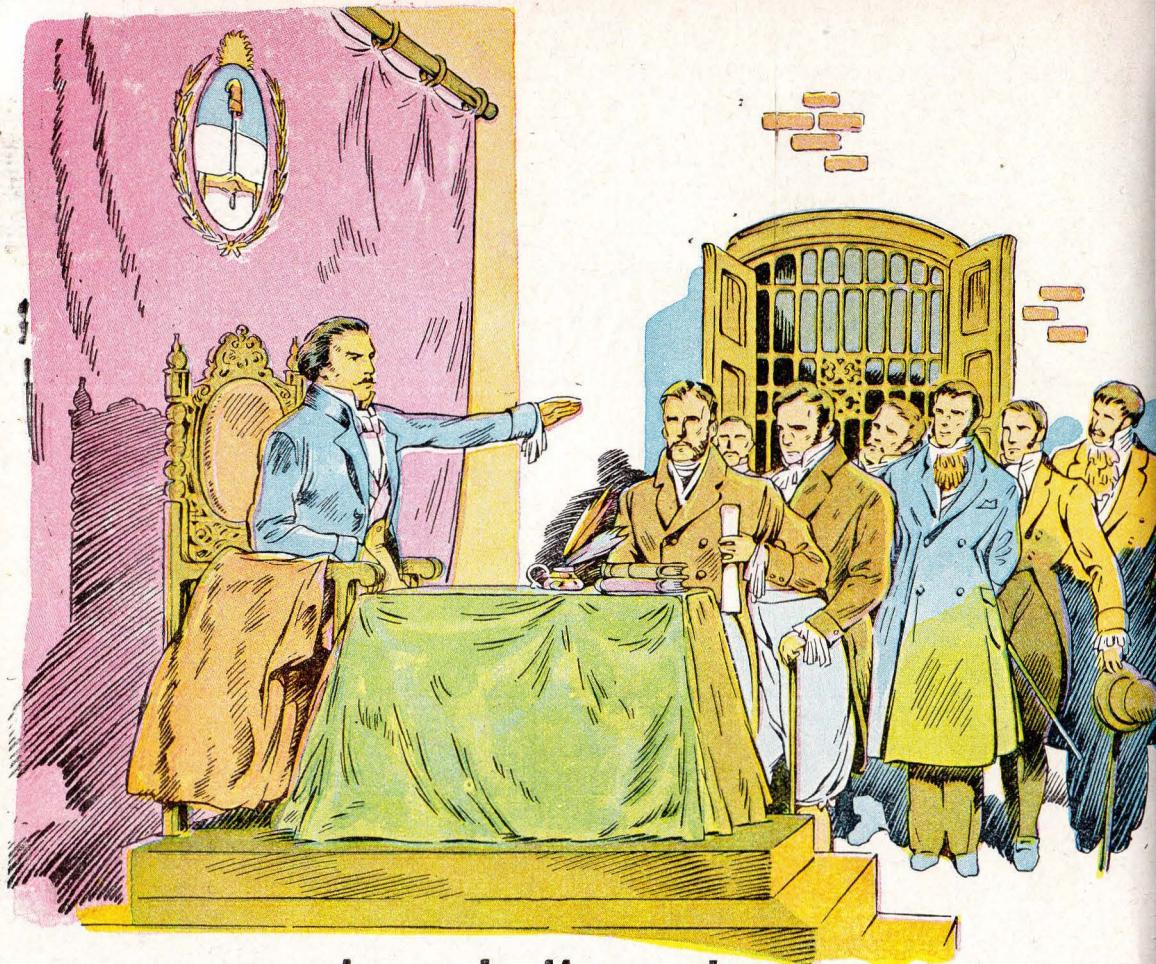


de las Provincias Unidas
del Río de la Plata.

Además de su glorioso pasado, la región ofrecía su clima benigno y la belleza encantadora de sus panoramas.

Tucumán es una de las regiones más bellas del país argentino. Juan Bautista Alberdi, gran pensador y escritor tucumano, habla así de su tierra natal: "El viajero sabe cuando ha pisado tierra tucumana sin que nadie se lo diga. El cielo, el aire, las plantas, todo es nuevo y diferente de lo que se acaba de ver".

Hoy la capital de la provincia ofrece al visitante algo más que su belleza. En ella se venera la casa humilde en que se reunió el Congreso de 1816.



9 de Julio de 1816

En el amplio salón de reuniones de la Casa de Tucumán están todos los congresales.

Afuera está el pueblo, esperando, ansioso.

Después de la sesión ordinaria de aquel día, el presidente del Congreso, don Francisco Narciso de Laprida, se levanta y dice:



“Señores diputados: ¿Queréis que las Provincias de la Unión sean una nación libre e independiente?”

Todos los diputados aclamaron las palabras de Laprida. Luego, uno a uno, volvieron a dar el voto por la independencia del país.

Mientras los representantes de las diversas provincias se abrazaban con lágrimas en los ojos, el pueblo tucumano lanzaba al aire sus gritos de júbilo.

¡Fecha gloriosa para los argentinos! Seis años antes la Patria había nacido en el Cabildo de Buenos Aires. El 9 de julio de 1816 recibía el bautizo en una humilde casa de la ciudad de Tucumán.

¡Gloria a los hombres que nos dieron una patria libre e independiente!

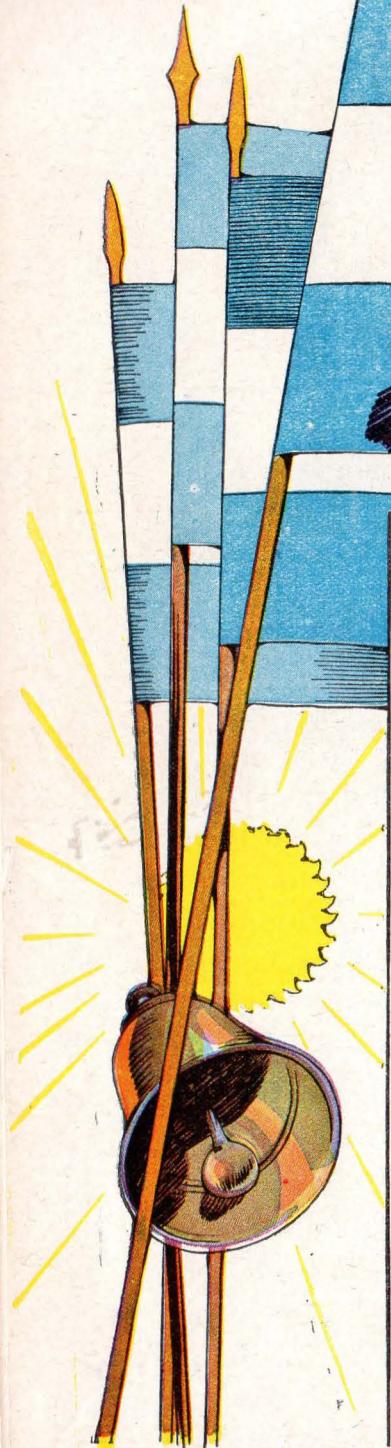


9 de Julio

*Otra vez lucen gallardas
en la ciudad las banderas;
otra vez las armoniosas
notas del himno resuenan;
sobre el corazón ponemos
otra vez la escarapela.*

*La mañana está de gala,
nuestra patria está de fiesta.
“¡Nueve de Julio!...” repican
las campanas de la iglesia;
“¡Nueve de Julio!...” repiten
las banderas que flamean;
“¡Nueve de Julio!...” la brisa,
el sol, el aire, la tierra,
y mi corazón, que luce
gallardo la escarapela.*

CARLOS D. PUIG





San Martín

Mientras el Congreso de Tucumán declaraba la independencia, San Martín se hallaba en Mendoza. Desde hacía tiempo estaba preparando un ejército poderoso. Cuando recibió la noticia de la declaración del 9 de julio emprendió el cruce de la cordillera de los Andes.

El ejército del gran Capitán ganó la batalla de Chacabuco. Los españoles fueron derrotados definitivamente en Maipú, en abril de 1818. Chile estaba libre.

San Martín se embarcó con su ejército rumbo al Perú. Derrotado el enemigo, entró en Lima, que era la capital. Allí fué aclamado Libertador y Protector del Perú.

Una vez terminada su campaña, San Martín, el libertador de tres naciones, se retiró a vivir modestamente.



Himno Nacional

*¡Oíd, mortales, el grito sagrado!
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas.
Ved en trono a la noble igualdad.*

*Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud.
Y los libres del mundo responden:
¡Al gran Pueblo Argentino, Salud!*

C O R O

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.*



El mensajero de San Martín

(cuento)

Desde Mendoza San Martín necesitaba enviar una carta al patriota chileno Manuel Rodríguez.

Un muchacho de pocos años, llamado Miguel, fué encargado del mensaje.

Miguel era hijo de arrieros y conocía los caminos de la cordillera. Con una tropa de mulas que se dirigía a Santiago el muchacho logró pasar a territorio chileno.

De vuelta para Mendoza, Miguel cabalgaba sin



apuro. La contestación de Rodríguez para San Martín la llevaba en el cinturón.

Al llegar cerca de la cordillera pasó, sin darse cuenta, cerca de un campamento español. Fué detenido y llevado al despacho del general Ordóñez.

—¿Eres agente de San Martín? — preguntó el jefe español.

—No, señor.

—¿No llevas ninguna carta?

—No, señor.

—A ver, regístrenlo.

Dos soldados avanzaron para registrarlo, pero Miguel, rápido como un tigre, sacó la carta del cinturón y la arrojó a las llamas de un gran brasero que allí había.

Ordóñez, furioso, gritóle:

—¿Qué decía esa carta?

—No sé, señor.

—¿Quién te la dió?

—No puedo decirlo, señor.

—¿Por qué?

—Porque he jurado mantener el secreto. Además yo no soy ningún traidor.



—Si me dices el nombre del que escribió la carta te dejaré en libertad.

—Le he dicho que no puedo, señor.

—Además te regalaré diez onzas de oro. ¿Comprendes?; diez onzas.

—He dicho que no lo diré.

—Entonces mandaré azotarte. Veremos si “cansas”.

—No hablaré, aunque me fusile.

El valor del muchacho impresionó al general español. Éste ordenó que lo encerraran en una choza.

Al hallarse solo Miguel empezó a pensar en la fuga. El heroico mensajero quería llegar a Mendoza a toda costa. El general San Martín esperaba la respuesta. De ella dependía el éxito de los planes del gran Capitán.

El día iba muriendo y las sombras comenzaban

a invadir la prisión de nuestro héroe. Extenuado por la fatiga, éste se adormeció.

LA HUÍDA

A eso de medianoche Miguel se despertó. En la oscuridad oyó una voz que le decía: —Mendocino, mendocino; ¿quieres escapar? Abrió bien los ojos y vió junto a él a un soldado de Ordóñez.

Era un chileno que, obligado a servir en el ejército español, estaba esperando la ocasión para huir a Mendoza.

Sin hacer ruido los dos criollos llegaron hasta unos matorrales. Allí había caballos ensillados.

El chileno ayudó a Miguel a montar y se dirigieron hacia un arroyo. Por allí no había centinelas.

Se habían alejado unos doscientos metros cuando oyeron voces de alarma. Todo el campamento se despertó.

Empezaron a silbar las balas rozando las cabezas de los dos criollos.



—Es mejor que nos separemos — dijo el chileno —. Si llegamos hasta los desfiladeros no nos encontrarán más.

—¿Nos veremos en Mendoza?

—Sí, muchacho. Buena suerte.

Como dos sombras se perdieron en la oscuridad de la noche.

Días más tarde San Martín vió llegar más muerto que vivo al heroico mensajero. No traía la carta que el jefe esperaba, pero pudo repetir de memoria las palabras de la hoja quemada en el campamento español.

Cuando el muchacho terminó el relato de sus aventuras, San Martín lo miró largamente.

Luego se levantó y le dijo:

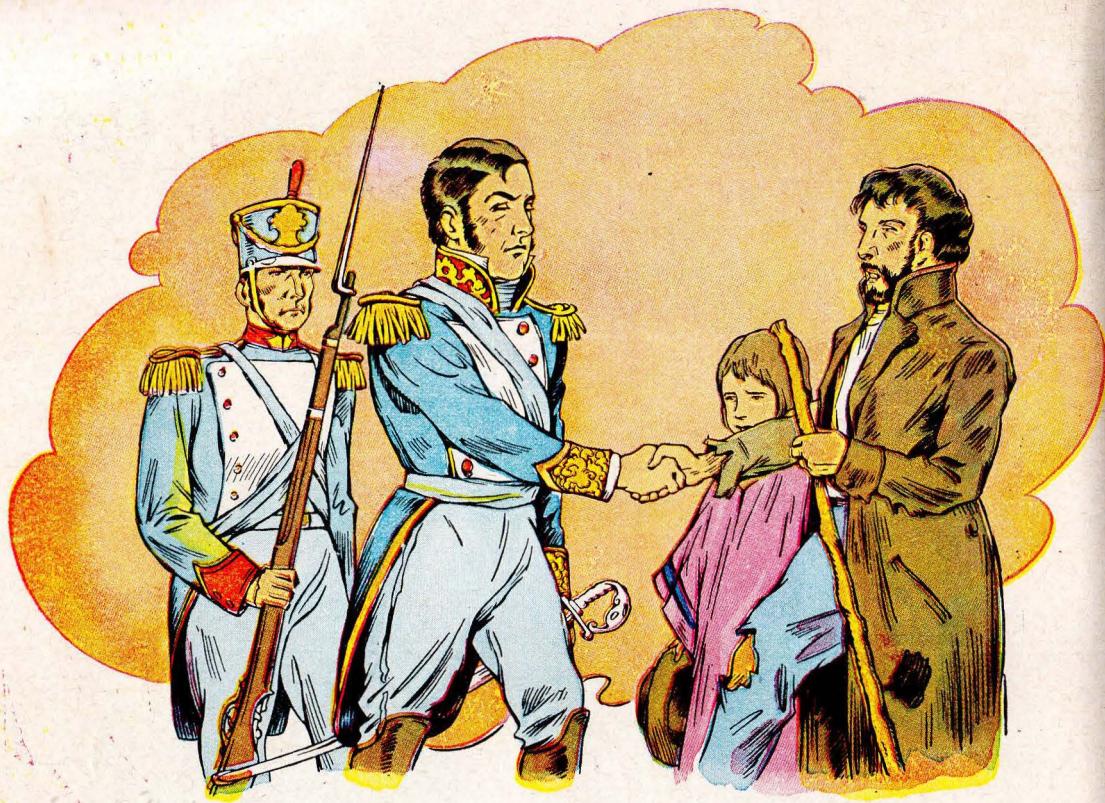
—Miguel: eres un soldado.

Al día siguiente llegaba al campamento de Plumerillo un hombre rotoso y hambriento. Preguntó si había llegado Miguel, el mensajero de San Martín.

Le dijeron que sí. Pidió que lo llamasen.

Cuando Miguel vió a aquel hom-





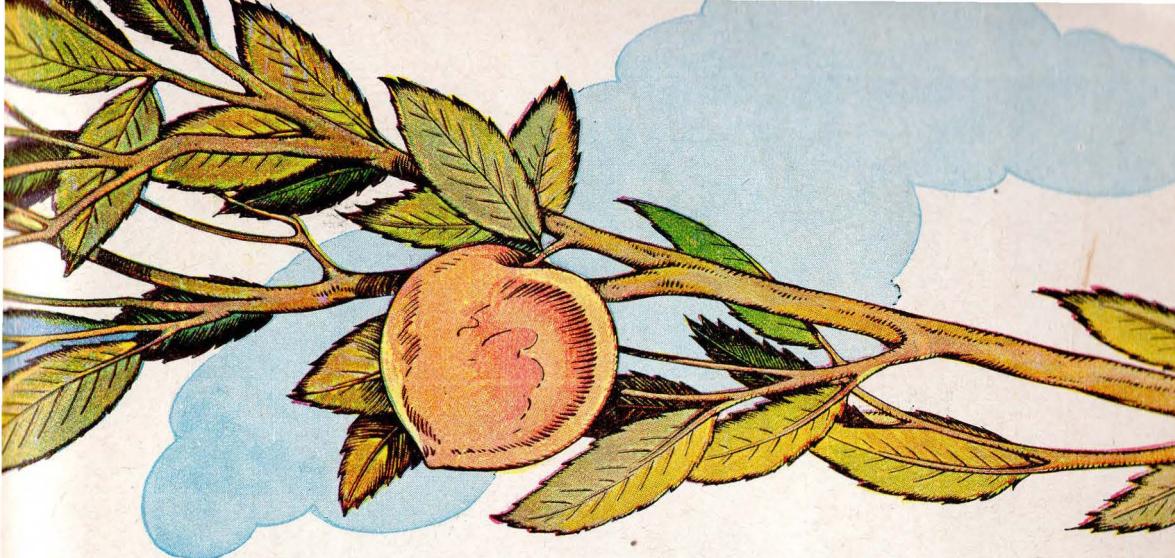
bre no lo reconoció. Pero cuando oyó la voz lo abrazó fuerte, fuerte, gritando:

—¡Viva el patriota chileno! ¡Viva mi salvador! Venga; lo llevaré al despacho del general.

Después de escuchar a Miguel y al chileno, San Martín dijo a este último:

—Muchas gracias, amigo; ¿qué recompensa desea por su acción heroica?

—General: la mayor recompensa para mí, sería servir en las filas libertadoras a las órdenes de San Martín.



La gota de agua

*Salió del mar y se encontró en la nube.
Después la nube se encontró en el viento.
Y por fin, al llover, la gota de agua
se encontró en la raíz de un duraznero.*

*Otras gotas quedaron en las ramas,
y al verse tan brillantes y arriba, se rieron
de la pobre gotita que en la tierra,
tan abajo y oscura, se había muerto.*

*Pero cuando en el árbol no quedaba
de las gotas brillantes ni el recuerdo,
la gota muerta no era muerta. Era
jugo en el jugo de un durazno nuevo.*

JOSÉ S. TALLON.



Nube de verano

—¡Adiós, sauces tristones!

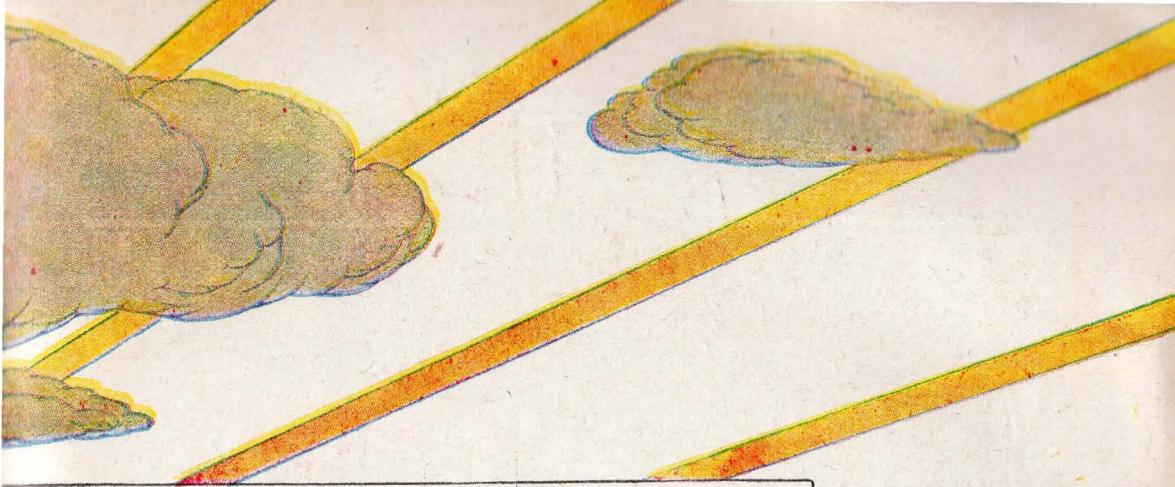
—¡Hola, nubecita madrugadora!

No te marches. No corras. ¿No ves que nos estamos muriendo de sed?

—No puedo detenerme, sauces amigos. El viento me empuja. Mi viaje será largo. Pero vosotros no moriréis de sed. Hundid vuestras raíces. Abajo hay humedad.

—¿Y las plantitas pequeñas? ¿Qué harán sin tu riego? ¿No sabes que ellas no pueden resistir largo tiempo sin agua? ¡No te vayas, nubecita!

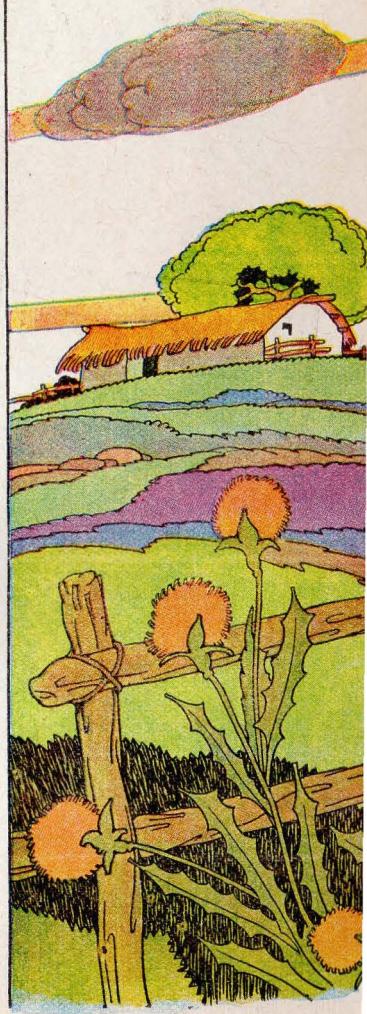
Pero la nube, empujada por el viento, estaba lejos. No pudo oír las últimas palabras de los sauces.



En ese momento salía el sol. Todo el campo se iluminó. Los rayos ardientes continuaron secando los pastos tiernos y las plantas delicadas. Los riachos, los arroyos, las cañadas, las lagunas, todos mostraban sus fondos resecos.

¡Agua! ¡Agua!, pedían las plantas de los jardines, los pastos de las praderas, los árboles de los montes, los animales y los hombres.

Por eso, cuando días más tarde comenzó a caer una lluvia fina y fresca, toda la naturaleza pareció revivir. Y los labradores, que creían perdidas sus cosechas, bendijeron a la lluviecia bienhechora.





La lluvia

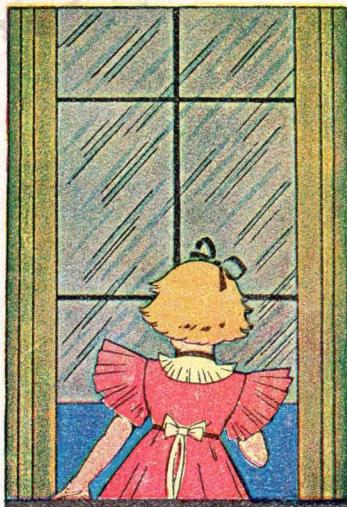
*Bienvenida, oh lluvia, seas
a refrescar nuestros valles
y a traernos la abundancia
con tu rocío agradable.*

*Bien vengas, oh fértil lluvia,
a dar vida a las fragantes
flores, que por recibirte
rompen ya su tierno cáliz.*

*Todo brilla y se renueva;
de aromas se puebla el aire,
las tiernas mieses espigan
y florecen los frutales.*

*La naturaleza entera
de galas se orna y renace:
¡Oh benigna, oh vital lluvia
con tus ondas saludables!*

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.



La grulla y el cangrejo

(cuento)

Una grulla estaba tan vieja y achacosa que no podía atrapar los peces de una laguna. Pensó entonces valerse de la astucia. Un día dijo a un cangrejo:

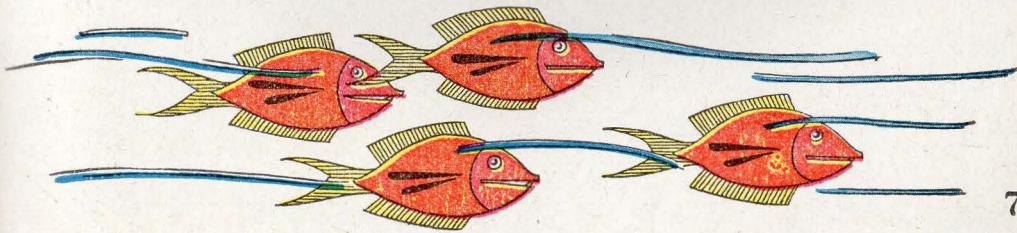
—Amigo mío, ¿qué va a ser ahora de ti y de tus vecinos los peces? Van a venir unos hombres a desecar la laguna. No dejarán en ella ni una sola gota de agua. Y vosotros todos, desgraciados, seréis recogidos y muertos.

Al oír tal noticia todos los peces se reunieron y discutieron sobre los medios de salvación.

—Tengo una idea — les dijo la grulla —. A unos cien metros de aquí hay un gran estanque. Os salvaré a todos llevándoos uno a uno en mi pico.

—Muy bien, señora grulla; ya puede empezar a llevarnos al estanque.

La malvada había pensado sacar los peces uno a uno y comérselos durante el camino; pero desgraciadamente para ella hubo de comenzar por el cangrejo, que, como sabéis, vive en buena armonía con los peces.



—Vamos — le dijo la grulla —; déjame que te ponga en mi pico y así irás más cómodo.

El cangrejo, que era muy sagaz, le respondió:

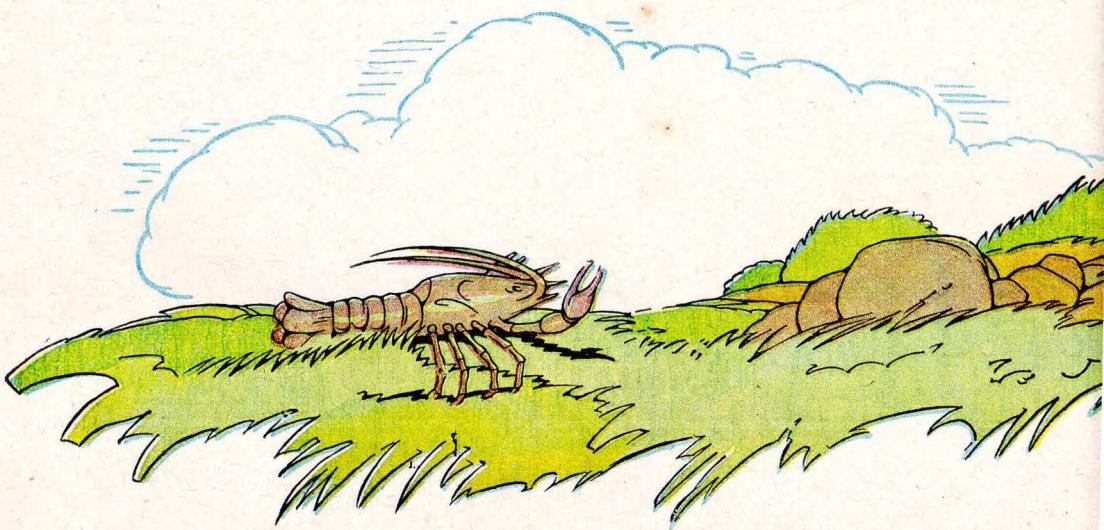
—No me atrevo a entregarme a su pico, señora grulla; podría resbalar y romperme el caparacho. Mire; nosotros los cangrejos tenemos un par de buenas pinzas; déjeme que con ellas me abrace a su cuello y así iré más seguro.

La grulla accedió. No había advertido que el cangrejo la aventajaba en astucia.

Cuando estuvieron debajo de un árbol la perversa grulla se detuvo.

—¿Dónde está el estanque? — le preguntó el cangrejo.

—¿Qué estanque? ¿Piensas acaso que yo me tomo esta molestia en balde? Lo del estanque no ha sido más que una trampa para apoderarme de ti y de tus estúpidos compañeros, los peces. Pienso devoraros a todos, uno por uno.



—Hay un inconveniente — contestó el cangrejo.

—No lo veo.

—No lo ves pero lo sentirás. Me refiero a mis tenazas.

Y diciendo esto el cangrejo apretó con fuerza el cuello de la traidora grulla. Luego se encaminó hacia la laguna.

Cuando los peces se enteraron de la muerte de la perversa enemiga, demostraron su gratitud al astuto cangrejo, que los había salvado de una muerte segura.



Nubecita blanca

*Nubecita blanca
sobre el cielo azul,
nubecita fina,
vaporoso tul.*

*Grácil nubecita,
velo de ilusión;
baja a nuestra ronda,
canta tu canción.*

*Nuestra ronda es bella
cual rosal en flor;
nuestro canto es himno
de fraternal amor.*

L. A.



El rey del juncal

(cuento)

EL JAGUAR Y EL ZORRO

El jaguar Garrafuerte era el rey de un extenso juncal. Cuando quería comer lanzaba un rugido. Todos los animales del juncal se paralizaban de terror. Entonces Garrafuerte se lanzaba sobre uno de ellos y lo devoraba.

Un día la sanguinaria fiera descubrió a un zorro escondido en un pajonal. Era un zorro flaco. Hacía días que no comía. No se atrevía a salir de su escondite.

—¡Ah! ¿Eres tú, miserable? Me has hecho esperar tres días. ¿No sabes que es un honor para ti si yo te como?

El zorro se inclinó respetuosamente y respondió:

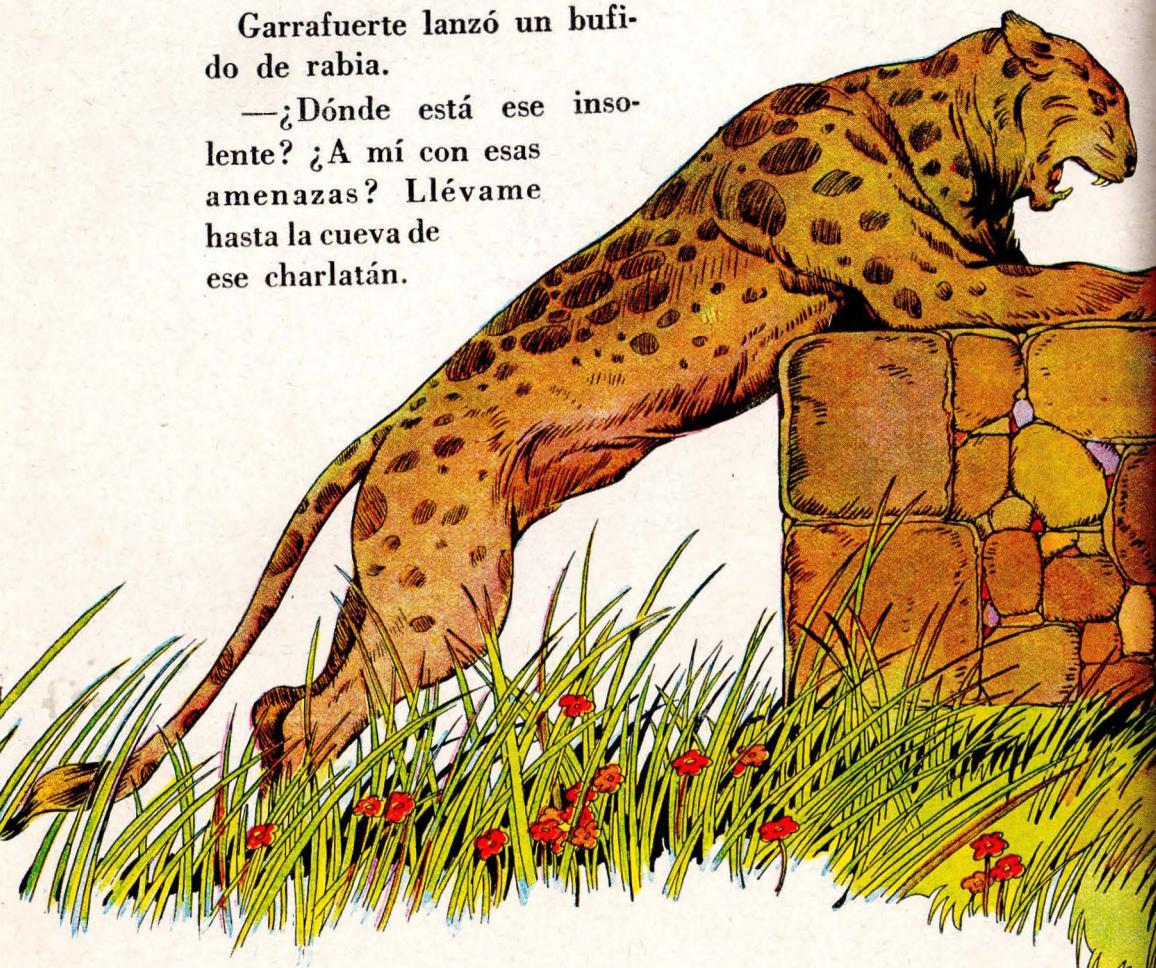
—Majestad: ¡ya lo creo que es un honor ser devorado por el rey Garrafuerte! Yo estaba escondido porque me persigue el jaguar Uñalarga. ¡Qué fiera! ¿Usted no ha visto nunca al jaguar Uñalarga?

—¿Un jaguar en mi juncal? ¿Cómo se atreve a pisar aquí?

—¡Si usted supiera lo que anda diciendo...! Afirma que cuando lo encuentre a usted le va a arreglar las cuentas. ¡También, con las garras que tiene! ¡Y qué colmillos!

Garrafuerte lanzó un bufido de rabia.

—¿Dónde está ese insolente? ¿A mí con esas amenazas? Llévame hasta la cueva de ese charlatán.



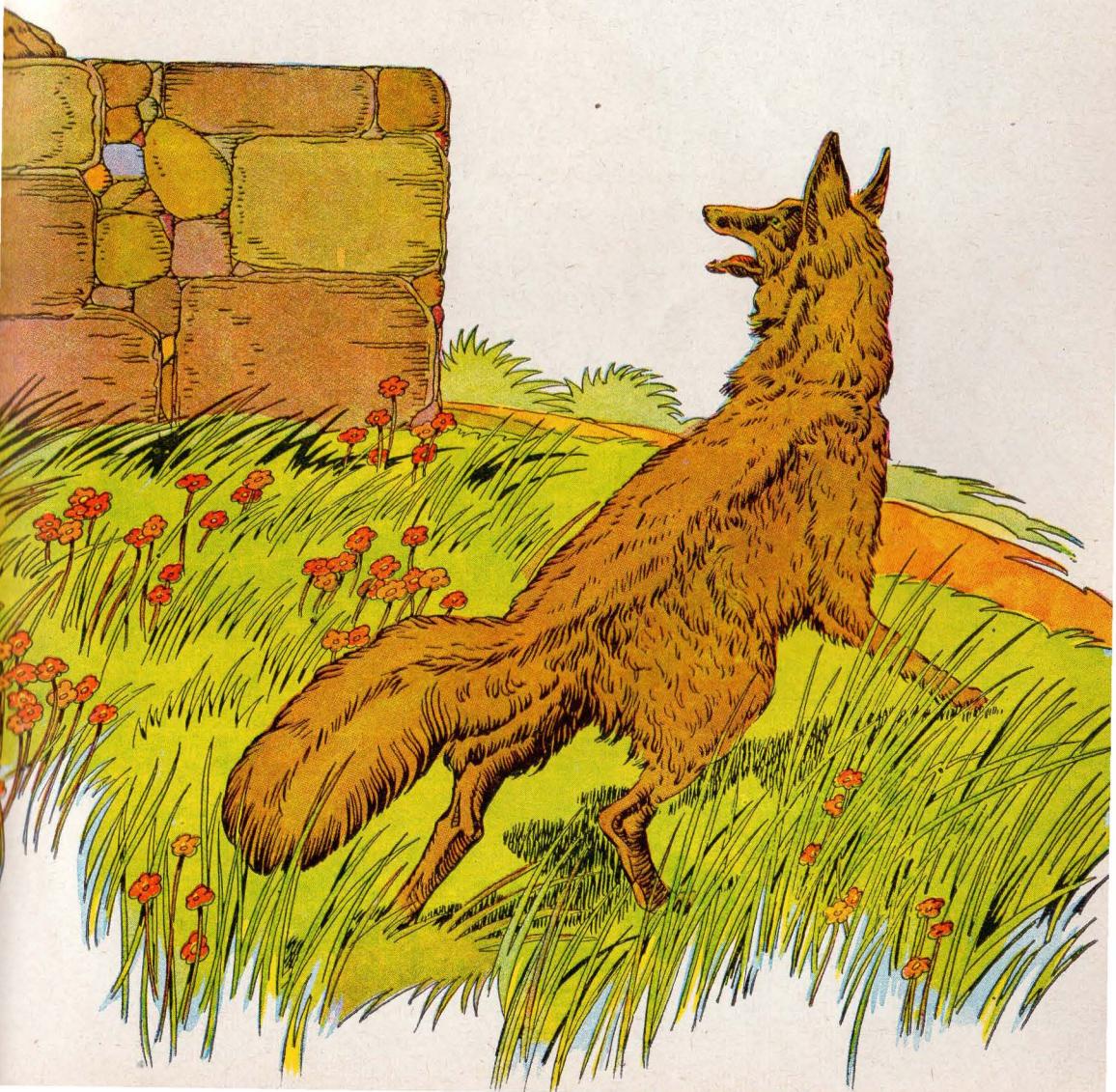
—Tenga cuidado, Majestad. Mire que...

—¡Cállate, estúpido! Todavía no ha nacido el jaguar capaz de poner en peligro la vida de Garrafuerte. ¡Vamos! ¡A buscar a ese Uñalarga!

GARRAFUERTE Y SU ENEMIGO

Cuando el zorro llegó al borde de un pozo profundo lleno de agua limpia se detuvo.

—Aquí es el lugar, Majestad. Uñalarga vive en el fondo de este pozo. Asómese y lo verá.



Garrafuerte se asomó y, naturalmente, vió la figura de un jaguar que lo miraba.

El rey del juncal sacudió la cabeza y mostró los dientes. El jaguar del fondo también sacudió la cabeza y mostró los dientes.

Garrafuerte se puso furioso y el otro también se puso furioso. Ustedes comprenderán que en el fondo del pozo no había jaguar alguno. Lo que la fiera veía era su propia imagen, reflejada en el agua limpia.

De un salto Garrafuerte se lanzó dentro del pozo para apresar a su enemigo.

¡Plaff! . . .

La furiosa bestia quiso trepar por las paredes resbalosas; pero el pozo era muy profundo. El zorro se asomó y le gritó desde arriba:

—¡Qué bien nada, Majestad! ¿Está fresquita el agua?

El jaguar seguía chapaleando. Cuando le faltaron las fuerzas se ahogó.

Los animalitos del juncal agradecieron al zorro por haberlos librado de aquella fiera sanguinaria.



Arroyito

*Arroyito de agua clara
que murmuras sin cesar:
me adormece tu murmullo,
me deleita tu cantar.*

*A la fresca y grata sombra
del tupido saucedal
mi alma inundas de armonía
con tus voces de cristal.*

*Arroyito cantarín,
arroyito juguetón,
escuchándote he aprendido
tu suavísima canción.*

*“Lara rara, lara rira,
voy corriendo hacia la mar,
lara rara, lara rira”.
Eso dice tu cantar.*

L. A.



En alas del viento

Una gota de lluvia fué arrebatada por una ráfaga de aire.

—¡Pobre de mí! — exclamó la pobrecita —. ¿Qué haré lejos de mis hermanas?

El viento, que era un viento fresco y juguetón, se burlaba de la gotita miedosa.

—Viento, viento amigo: ¿adónde me llevas?

—Lejos, muy lejos. Sería una lástima que cayese sobre la tierra. ¡Eres tan pura! Te dejaré en el seno del padre Océano.

Y, en efecto, momentos después la gota de lluvia se confundía con las gallardas olas del océano.

—¿Quién soy yo — exclamó la gotita — comparada con estas olas altivas y fuertes? ¿Qué será de mí, tan pequeñita y débil, en medio de esta inmensidad?

Pero el viento amigo, levantando penachos sobre el lomo de las olas bravías, paseaba a la humilde gota sobre las crestas espumosas.

El padre Océano advirtió la presencia de la gotita dulce y buena y la recogió en una ostra. Convertida en perla, años más tarde lució su pureza en la diadema de una princesita.

Cuenta la leyenda que la princesa sentía una fresca caricia en su frente cada vez que adornaba su cabeza con la diadema. Era el viento, el viento fresco y juguetón, que venía a hablar suavecito con su amiga, la gotita transparente y pura convertida en perla.





Barrilete de cinco centavos

*Barrilete de cinco centavos
que de niño, feliz, remontaba
con el alma prendida en el hilo
que, combado, hacia el cielo se alzaba.*

*Barrilete de cinco centavos,
te bendigo por este consuelo:
¡Me enseñaste a mirar siempre arriba
y a llenarme los ojos de cielo!*

ROBERTO VALENTI



El huracán



El viento huracanado es un viento terrible. Barre con fuerza todo cuanto encuentra a su paso. Troncha los árboles viejos, dobla las cañas flexibles, levanta los techos, derriba las parvas... Es un viento de soberbia sin igual.

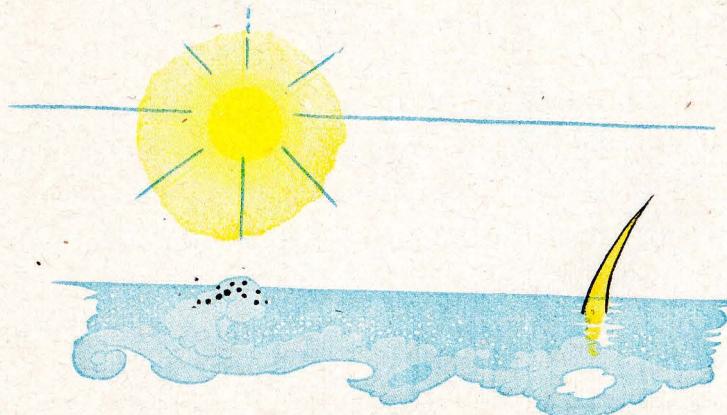
Cierta vez que soplabía en un camino polvoriento,

levantó tal nube de tierra, que por un momento oscureció la luz del sol.

—¡Ah, rey Sol! — rugió entonces, hinchado de orgullo —; ¿dónde está tu poder? Mis ráfagas potentes pueden ocultar tu esplendor. Puedo, si me place, hacer la noche sobre la Tierra aunque tú brillas en tu dorado trono.

El sol no oía las voces del huracán. Éste seguía soplando, soplando, y avanzaba como un torbellino. Ciego de furor, no advirtió que en su carrera había recorrido millas y millas y que estaba volando sobre las olas del mar. A su paso se encrespaban las olas, pero la nube de tierra fué posándose poco a poco sobre las aguas y el aire quedó limpio y diáfano.

El viento huracanado quedó con sus ráfagas desnudas. Y al ver que la luz del sol inundaba de nuevo la inmensidad del espacio, hundió su rabia en las oscuras profundidades del mar.



Las cuatro estaciones

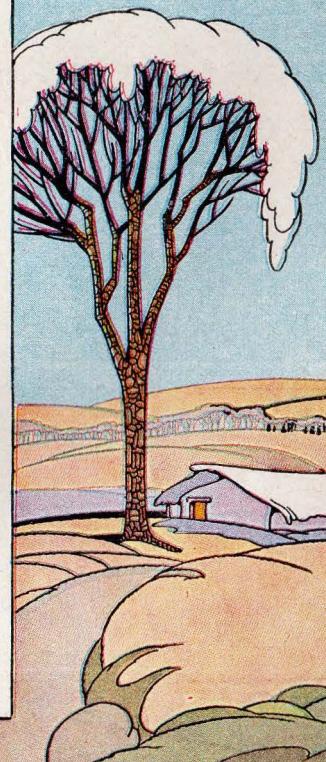
*El tiempo era
un dios anciano
que tenía cuatro hijos: Primavera,
Otoño, Invierno y Verano.*

*Los cuatro hijos,
de opuestos gustos,
revolvían la casa con prolíjos
gritos, riñas y disgustos.*

*El rudo Invierno,
con gesto aleve,
desparramaba en el hogar paterno
sus anchos copos de nieve.*

*La Primavera
quería flores,
y trocaba el jardín y la pradera
en dulce nido de amores.*

*Cuando el Verano
entraba luego,*



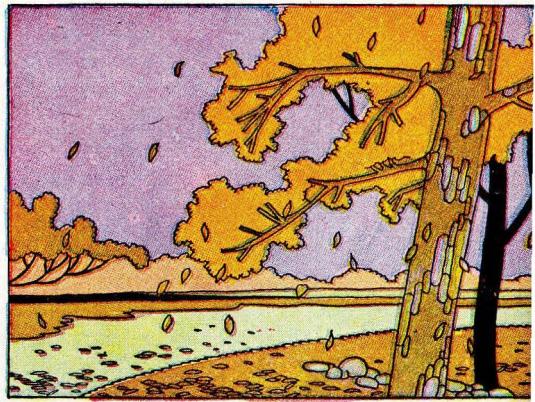
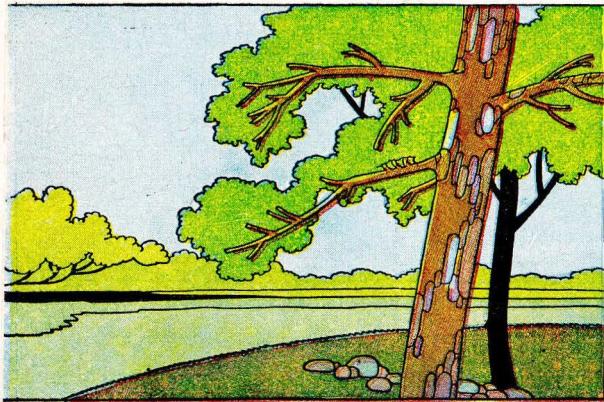
*pronto encendía con violenta mano
magnífico sol de fuego.*

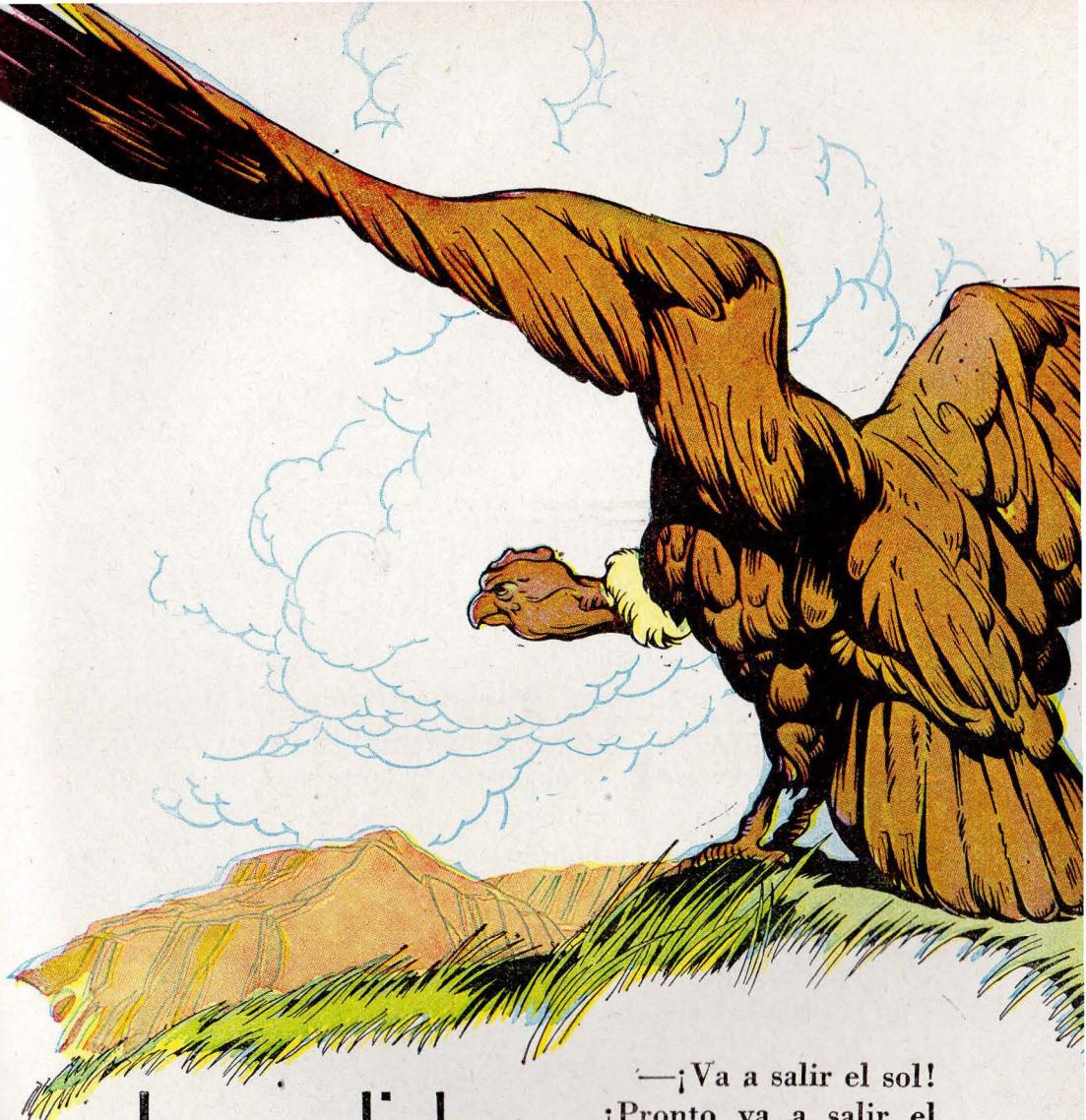
*Y con brutales,
locos rencores,
el Otoño barría en vendavales
la nieve, el calor, las flores... .*

*Al fin, cansado
de tanta guerra,
el Tiempo echó a sus hijos de su lado
a vagar sobre la Tierra.*

*Y en sus bridones,
de cerro en vega,
se persiguen hasta hoy las estaciones:
cuando una sale, otra llega.*

.CARLOS O. BUNGE.





La salida del sol

—¡Va a salir el sol!
¡Pronto va a salir el
sol, amigo topo! Ve-
remos qué es eso.

—Yo también estoy
esperando, hermano
murciélagos. Dicen que

es un espectáculo magnífico la salida del sol.

Al cabo de un instante el sol inundó de luz la torre ruinosa en que vivían los dos amigos.

—Pero, ¿qué es eso? ¡Yo no veo nada! El sol me enceguece.

—Y esto era el espectáculo magnífico?... ¿Qué te parece a ti, amigo topo?

—¿Qué me parece qué? Yo todavía no he visto nada. No veo más que sombras. ¡Y ya estoy cansado de esperar la salida del sol! ¡Qué desilusión! ¡Qué mentira más grande!

Un cóndor, posado sobre una roca vecina, habló así a los dos roedores:

—Basta de disparates, señores habitantes de las sombras: la luz del sol es maravillosa! Vosotros no podéis apreciarla porque vuestras pupilas son débiles. ¡Volved a vuestras cuevas oscuras!

Diciendo esto el cóndor batió las alas y voló hasta su nido. Sus polluelos ya estaban despiertos. Sobre la alta cima de aquella montaña, eran los primeros en recibir la luz del sol.



Germinal

*Oculto en el corazón
de una pequeña semilla,
el germen de un árbol bello
en profunda paz dormía.
—Despierta — el calor le dijo.
—Despierta — dijo la lluvia.
El germen oyó el reclamo,
quiso ver lo que ocurría,
se puso un vestido verde
y estiró el cuerpo hacia arriba.
De toda planta que nace
ésta es la historia sencilla.*

M. F. JUNCOS.

Las nubes envidiosas

Las nubes, envidiosas de la gloria del sol, decidieron oscurecer su esplendor. Se reunieron en medio de la bóveda celeste los más negros nubarrones y las nubecillas más blancas. Ayudados por el viento, comenzaron a subir, a subir...

A medida que ascendían aumentaba la satisfacción de las envidiosas. El día, claro y luminoso, iba poniéndose gris. Las nubes más grandes y oscuras arrastraban a las pequeñas.

Cuando llegaron a gran altura sintieron frío. Se aglomeraban, se apelotonaban, pero el frío era tan intenso que las nubecitas más débiles se pusieron a llorar. En menos de un minuto toda aquella masa de nubes se transformó en un llanto de arrepentimiento. Las gruesas gotas regaron los campos.

Desde lo alto el sol brillaba, majestuoso. Momentos después sus rayos rasgaron las últimas cortinas de nubes. Y en la atmósfera fresca y húmeda apareció el puente soberbio de un espléndido arco iris.





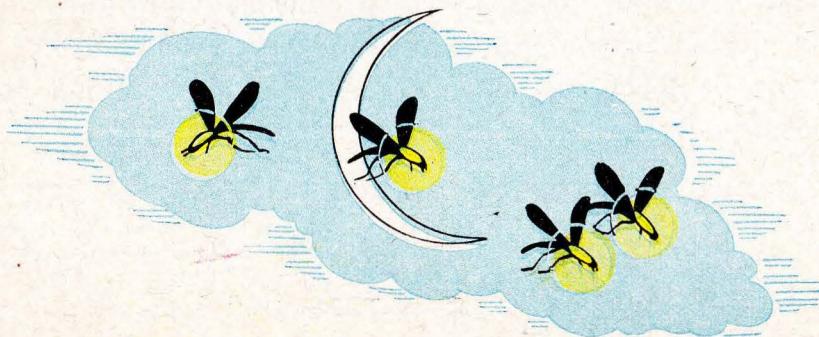
Las hijas de la luna

Una vez la luna se miró en el espejo de un lago.
—¡Qué hermosa soy! —dijo—; mi luz potente
platea la inmensidad del espacio. Las ranas de los
charcos y los grillos de los campos me cantan himnos
de gloria. No comprendo por qué he de salir sola-
mente de noche. De hoy en adelante brillaré también
durante el día.

En efecto, la luna adelantó sus salidas. Desde entonces asoma su cara pálida antes de la puesta del sol, pero su luz blanca y débil se pierde entre los espléndidos rayos del astro del día. En cambio, en ciertas horas de la noche en que la oscuridad invade el espacio, la luna no alumbría como antes con su hermosa luz de plata. Cumplida de día gran parte de su carrera por el firmamento, en la alta noche llega al horizonte. Sólo queda en la bóveda del cielo el brillo lejano de las estrellas.

—¡Luna, lunita de plata — dice el corro de los grillos —: vuelve a salir como antes, a la hora en que se pone el sol!

Pero la luna no puede ya volver a su antigua carrera. Por eso, antes de ocultarse tras el horizonte, con sus últimos rayos envía hasta la Tierra a sus hijas pequeñitas, para que alumbrén los campos. Son las luciérnagas. ¿No han visto ustedes a las hijas de la luna prender, en las noches oscuras, sus gotitas de luz plateada en medio de los campos dormidos?



Noche de luna

*Canta un grillito
su serenata
en la laguna
de aguas de plata.*

*Junto a la orilla
de la laguna
canta una bella
canción de cuna.*

*Oye la luna
desde la altura
la melodiosa,
gentil criatura,*

*y, generosa,
con luz de plata
paga del grillo
la serenata.*

L. A.



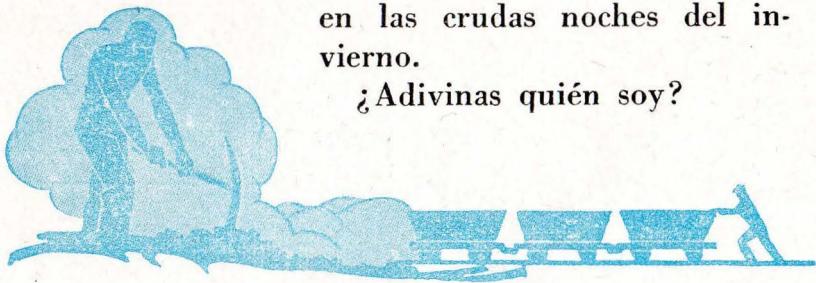
Vegetal y mineral

Hace muchos, muchos años, miles, millones de años, yo era el tronco de un helecho gigante. Fuer-tes vendavales me desgajaron. La tierra fué ca-yendo lentamente sobre mí y quedé sepultado. Mis canales sin savia se endurecieron. Todas mis fibras se petrificaron. Permanecí así durante siglos y siglos.

Un día la piqueta de un minero me despertó. Me desenterraron, me despedazaron, me cargaron sobre rápidas vagonetas y salí de nuevo a la luz del sol.

¡Qué negro estoy! Pero al mismo tiempo soy brillante. Acabaré mi nueva vida en la hornalla de alguna locomotora o en la fragua de algún he-rrero. Me alegra pensar que en mis últimos mo-mentos seré una masa ardiente y lanzaré chispas rojas como rubíes. Con ayuda de mi calor el hom-bre recorrerá llanuras, escalará montañas, surcará los mares, cruzará los espacios. Yo ablandaré el hierro para que él pueda fabricar sus herra-mientas, y calentaré su hogar en las crudas noches del in-vierno.

¿Adivinas quién soy?



El carbón de piedra

*Soy negro y reluciente,
Del seno de la tierra
me sacan los mineros
a golpes de piqueta.*

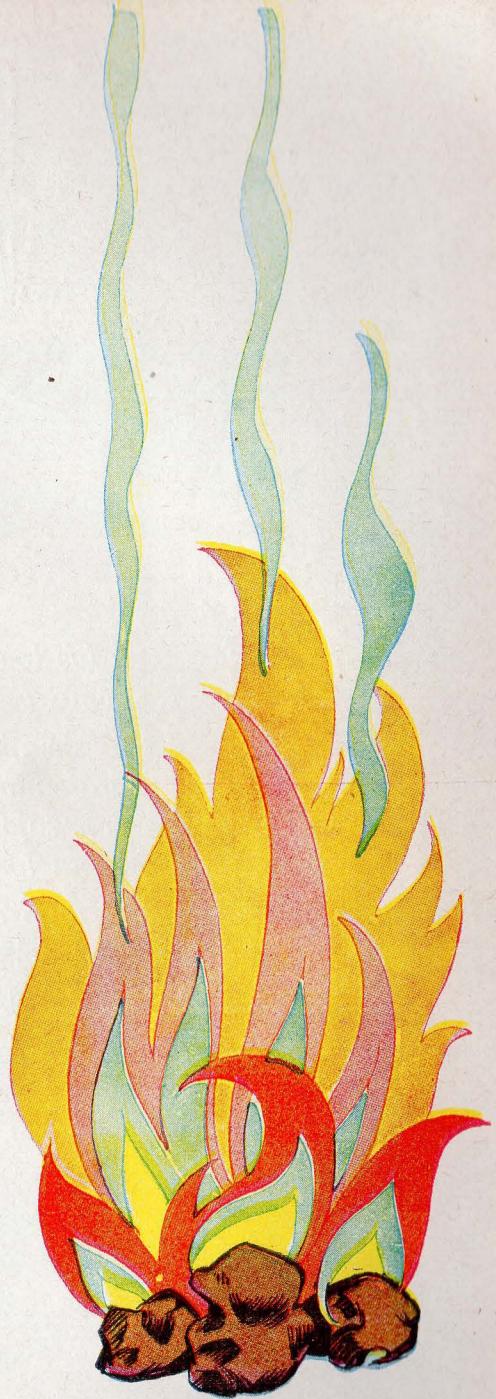
*Y del tranquilo sueño,
así que me despiertan,
me arrojan a paladas
al fuego de la hoguera.*

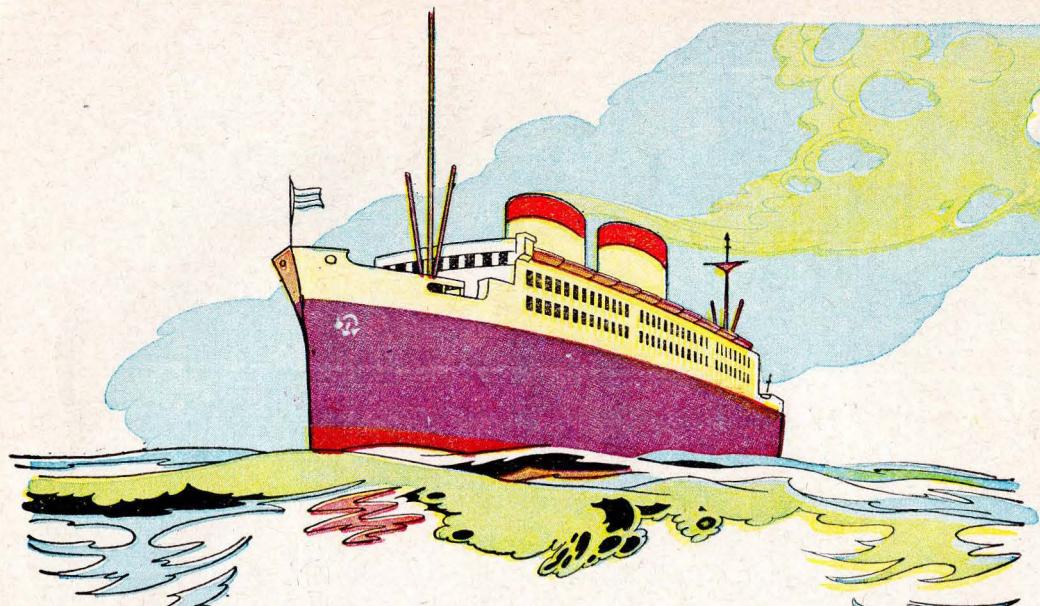
*En las oscuras noches
del tormentoso invierno
con mi brillante llama
el dulce hogar caliente.*

*Y en la encendida fragua
ablando el duro hierro
que forjará el activo
martillo del herrero.*

*Para prestar mi ayuda
al hombre que trabaja
yo muevo las enormes,
pesadas maquinarias.*

*Por mí los buques vuelan
hacia lejanas playas,*



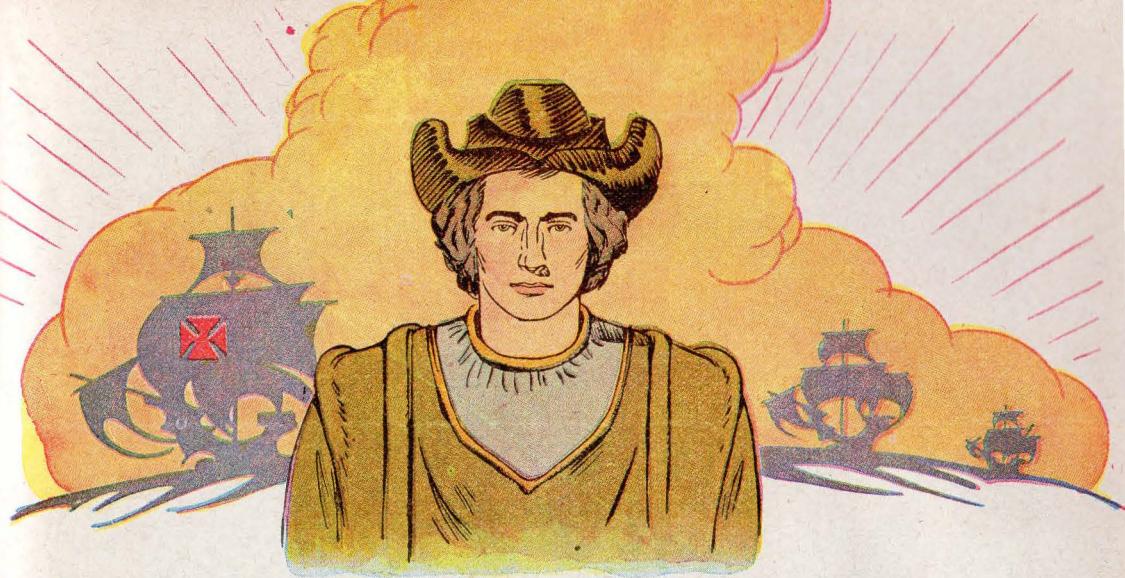


*y las locomotoras
como centellas pasan.*

*Y siempre por los otros
ardiendo me consumo;
con rojas llamaradas
hasta los cielos subo.*

*Y dejo como rastro
por donde quiera cruzo
millares de rubíes
entre espirales de humo.*

x.



12 de octubre

El 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América, es fiesta nacional.

Es la fiesta de la raza, de la raza latina. Se festeja el triunfo conseguido por un puñado de valientes marinos. Guiados por Cristóbal Colón, atravesaron el ancho océano en tres pequeñas carabelas y descubrieron el Nuevo Mundo.

¡Gloria a España, que dió sus hombres, sus naves y su dinero para la difícil empresa!

¡Gloria a Colón, el inmortal navegante, cuyo genio señaló el camino del estupendo descubrimiento!

Las carabelas



*Salió del puerto de Palos
Colón con sus carabelas.
Sobre el verde mar en calma
se pierden las tres estelas.*

*Las carabelas zarparon
con un tiempo de bonanza;
iban hinchando las velas
los vientos de la esperanza.*

*Seis meses ha que partieron.
Hoy está furioso el mar.
Dos carabelas deshechas
se alcanzan a divisar.*

*La Pinta y la Niña vuelven,
mas no la Santa María;
sus maderos se quedaron
en tierras de lejanía.*



*Venciendo los torbellinos
del mar, que se alza iracundo,
la Pinta y la Niña anuncian
que han hallado un nuevo mundo.*

*¡Gloria! ¡Gloria a los marinos
de esforzado corazón!
¡Gloria a España! ¡Honor y gloria!
al intrépido Colón!*

L. A.

La plegaria del árbol

Tú, que pasas y levantas contra mí tu brazo, antes de que me hagas daño, oyeme bien:

“Soy el calor de tu hogar en las frías noches de invierno; soy la sombra amiga que encuentras cuando caminas bajo el sol de enero, y mis frutas son la frescura apetecible que te sacia la sed en los caminos.

“Soy la armazón amiga de tu casa, la tabla de tu mesa, la cama en que tú descansas, y la madera de tu barco.

“Soy el mango de tu azada; la puerta de tu morada, la madera de tu cuna y la envoltura de tu ataúd.

“Soy el pan de la bondad y la flor de la belleza”.

Tú, que pasas, oyeme bien, y...

No me hagas daño: soy el árbol.

SOCIEDAD LUZ.



El trigo

*¡Bendito sea el labrador
que abrió surcos rectilíneos,
y bendito el sembrador
que en los surcos echó el trigo!*

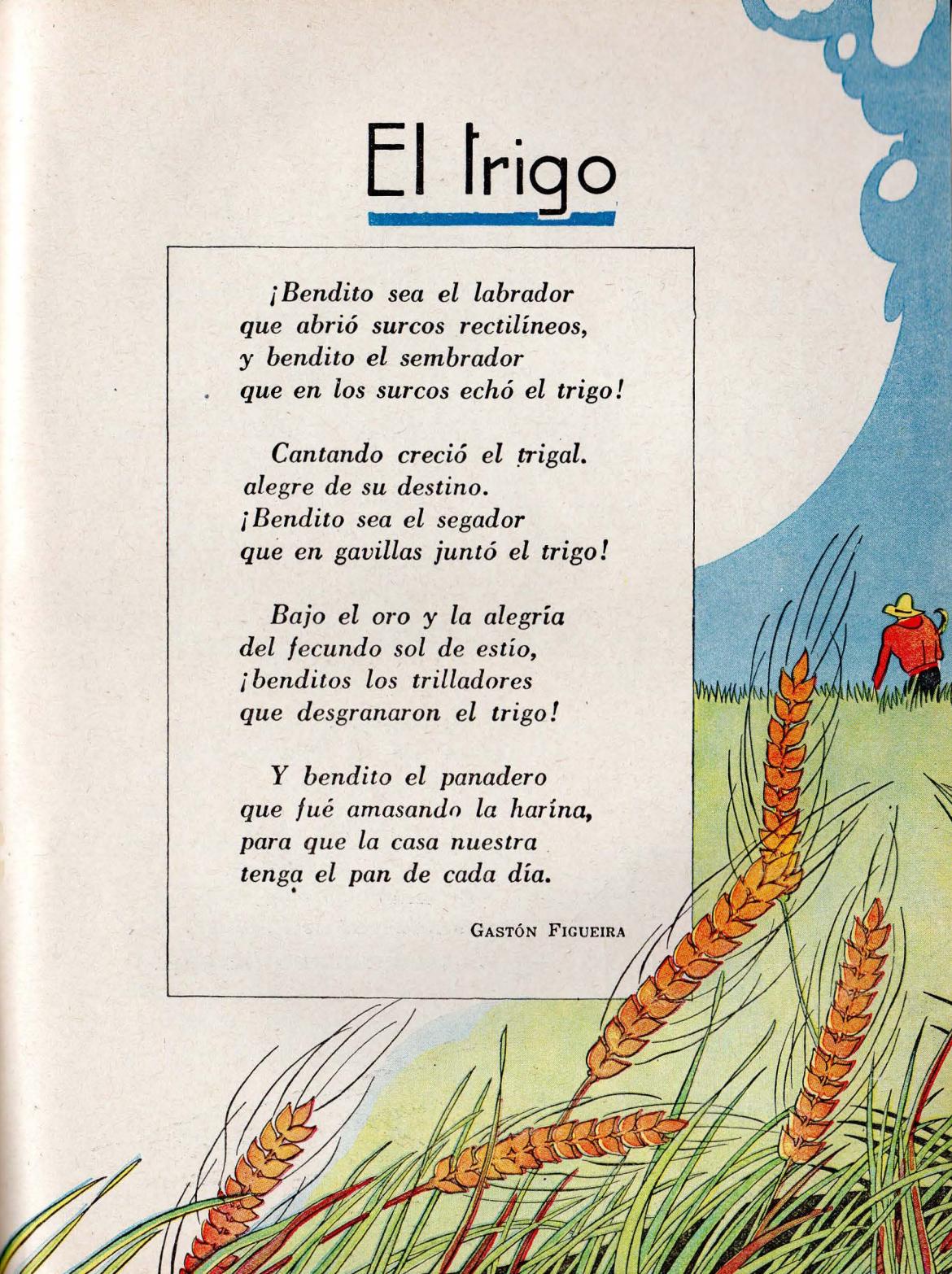
*Cantando creció el trigo,
alegre de su destino.*

*¡Bendito sea el segador
que en gavillas juntó el trigo!*

*Bajo el oro y la alegría
del fecundo sol de estío,
¡benditos los trilladores
que desgranaron el trigo!*

*Y bendito el panadero
que fué amasando la harina,
para que la casa nuestra
tenga el pan de cada día.*

GASTÓN FIGUEIRA





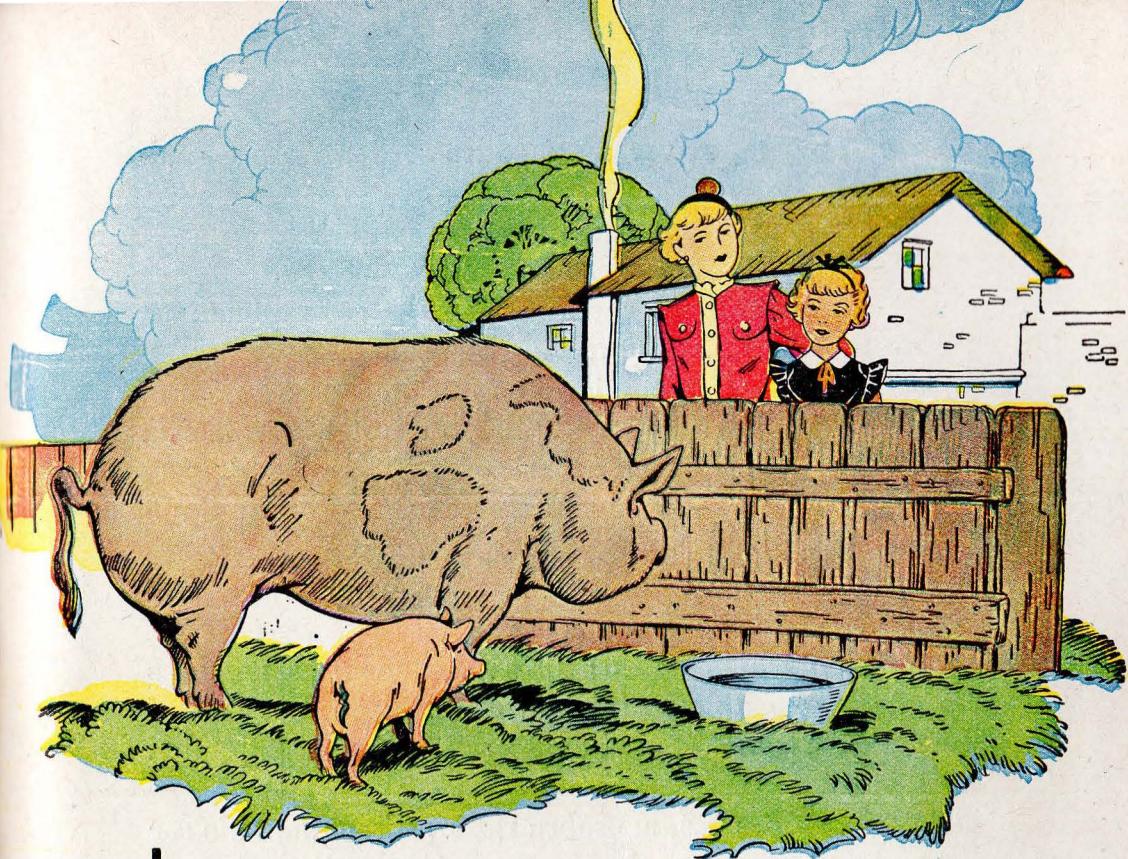
El molino

*Sigue el agua su camino,
y al pasar por la arboleda
mueve, impaciente, la rueda
del solitario molino.*

*Cantan alegres
los molineros
llevando el trigo
de los graneros;
trémula el agua
lenta camina,
rueda la rueda,
brota la harina,
y allá, en el fondo
del caserío,
al par del hombre
trabaja el río.*

*La campesina tarea
cesa con el sol poniente,
y la luna solamente
guarda la paz de la aldea.*

G. MARTÍNEZ SIERRA.



Las preocupaciones de un lechón

—Dicen que hoy gruño por el gusto de gruñir.
¡No!... Tengo sobrada razón: todavía no sé con certidumbre cómo se llama mi padre. Esta mañana pasaron a su lado un señor y un niño.

—Mira, hijo — exclamó el señor —, éste es un cerdo de buena raza. Más tarde tres chicos que iban

a la escuela, al ver a mi padre se detuvieron a admirarlo.

—¡Qué cochino tan bien mantenido!

—En verdad... pero yo le llamo puerco.

—Y yo le llamo chancho, como la generalidad. Si no le gusta... ¡que me lo haga saber!

No había transcurrido una hora, cuando pasó una señorita que llevaba de la mano a una niña. A ésta le llamé yo la atención:

—Mira, tía — exclamó alegremente — ¡qué lindo lechoncito!

—Sí, es muy gracioso... Ese marrano que está a su lado debe ser el padre.

Y yo me pregunto: ¿cuál de todos los nombres que le dan a mi padre será el verdadero? ¿Tendrá muchos, como dicen que tienen los príncipes? ¡Quién sabe!

Si gruño, pues, me sobra razón. Creo que todo ser viviente tiene derecho a saber cómo se llama su padre. Se lo he preguntado a él mismo y me ha respondido con un gruñido. ¿Por qué no he de gruñir yo también?

GISBERTA S. DE KURTH.



La disputa de los dedos



Un día disputaban entre sí los dedos de la mano. Cada uno pretendía ser el más importante.

—¡Silencio! Yo soy el más fuerte; yo trabajo más que vosotros cuatro juntos; tengo mi lugar aparte, y soy, por lo tanto, vuestro jefe.

Así habló el pulgar.

—Yo no soy menos que tú — le gritó el índice —; me ocupo de los trabajos más finos; soy el más hábil.

—Yo soy vuestro rey. La naturaleza me ha puesto en el medio. ¿Os habéis fijado en mi estatura? Soy el mayor.

—¡Cómo! — exclamó el anular —; ¿no me veis adornado con oro y piedras preciosas? Eso indica bien claro que los hombres me honran como a un príncipe.

El meñique callaba.

—¿Y tú qué dices, pequeño?

—Yo? Yo no digo nada. El que hace lo que debe y puede es digno de aprecio.

Los cuatro discutidores callaron. Después de un momento dijeron:

—Tiene razón el pequeño; nuestro hermanito es tan útil y bueno como cualquiera de nosotros.

A. HAESTERS



Los sentidos

*Niña, vamos a cantar
una bonita canción;
yo te voy a preguntar,
tú me vas a responder.*

—¿Los ojos para qué son?

—Los ojos son para ver.

—¿Y el tacto? —Para tocar.

—¿Y el oído? —Para oír.

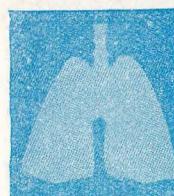
—¿Y el gusto? —Para gustar.

—¿Y el olfato? —Para oler.

*—¿Y el alma? —Para sentir,
para querer y pensar.*

AMADO NERVO

La rebelión de los órganos



I. — LA HUELGA

—Corazón, amigo corazón; ¿no oyes?, ¡eh, corazón!

—¿Qué quieren, amigos pulmones? Yo no los puedo atender como desearía. No puedo descuidar ni un momento mi tarea.

—Precisamente por eso te hablamos. Nosotros no paramos ni un minuto, y hay órganos que se pasan la gran vida. ¿Quieres decirnos qué hace el cerebro? Desde su sitio no hace más que mandar. Anoche estuvimos hablando con el estómago; él piensa lo mismo. Por eso hemos decidido cortar los víveres a ese mandón haragán. Los otros órganos están de acuerdo. Tú, que eres el distribuidor de los víveres, no debes enviarle ni una gota de sangre. Si no haces lo que hemos resuelto, los órganos de la digestión no enriquecerán tu sangre y nosotros no te la purificaremos.

—A mí no me parece muy bien esta medida, pero si ya lo han resuelto así...

—¡Muy bien! Desde mañana el cerebro sabrá lo que vale cada uno de nosotros.

II. — LAS CONSECUENCIAS

Cuando empezó a disminuir la cantidad de sangre que a cada latido iba hacia la cabeza, el cerebro mandó un mensaje al corazón.

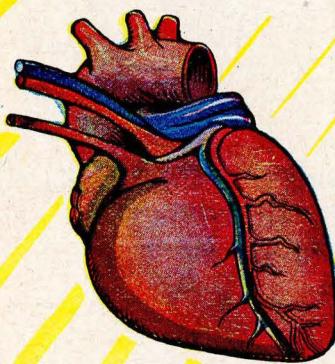
Éste contestó que los compañeros habían decidido dejar de alimentarlo por inútil y por mandón.

—¿Ah, sí? — se dijo el cerebro —; ¿estos señores creen que yo estoy todo el tiempo sin hacer nada? Bueno. Veremos cómo se las arreglan sin mi dirección.

Cuando el estómago necesitó alimentos no los pidió al cerebro. Lo comunicó al esófago. Éste pasó la voz a la faringe, y la faringe a la lengua. La lengua habló a las manos para que llevaran el alimento a la boca. Pero las manos

no podían levantarse por sí solas; además, como no había alimentos por ahí cerca, era necesario ir a buscarlos. ¿Quién pasaría la voz a las piernas?

Entretanto el estómago se retorcía de rabia.



—¡Qué desorden! ¡Qué confusión! —decía—; ¡son unos inútiles! ¡Hace dos horas que pedí alimentos y aun no ha bajado el primer bocado!

En eso el corazón advirtió que la sangre mejoraba. Los ojos empezaron a quejarse:

—Esta sangre es muy mala. Nos debilitamos.

Los pulmones resollaban fatigosamente.

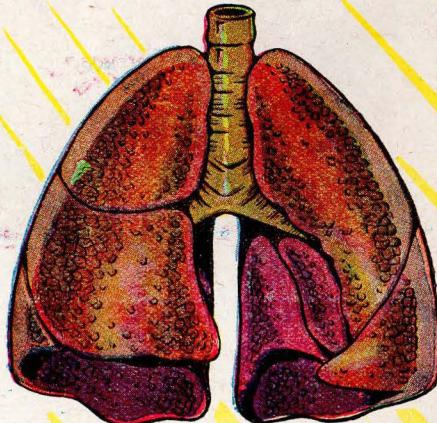
—¡Qué pesadez! — ¡Qué debilidad! — ¡Qué cansancio! — ¡Qué sueño!

Todos se quejaban.

—¡Amigos pulmones, amigos pulmones! — era el corazón el que hablaba —; ¿no les decía yo que las cosas se pondrían feas si desobedecíamos al jefe?

—Ciento, cierto, corazón. Manda, manda pronto unas buenas oleadas de sangre para el cerebro; nosotros no resistimos más.

Y desde aquel día todos los órganos del cuerpo cumplen sus tareas con voluntad. Han comprendido que sin una dirección que atienda a las necesidades de todos la vida es imposible.



Noviembre

*Palomitas alegres,
los escolares
van luciendo en las sendas
los delantales.*

*—A la ronda, a la ronda
de fin de año —,
van cantando gozosos
los que “pasaron”.*

*Nosotros danzaremos,
porque “pasamos”,
la ronda más alegre
de todo el año.*

*Y golpeando las manos
aplaudiremos
a los más estudiosos
y a los maestros.*

JULIA BUSTOS.



Ronda Florida



Los pollitos

*Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.*

*Va la gallina con los pollitos.
Son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.*

*Todo lo miran y picotean;
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los chicos más obedientes.*

*Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.*

FERNÁN SILVA VALDÉS



Caballitos

*Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.*

.....

*Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.*

*En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía,
toda sembrada de estrellas.*

*Alegrias infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera.*

ANTONIO MACHADO



El arbolito jugueteón

*En medio del bosque
oscuro y dormido,
hay un arbolito
todo florecido.*

*Juega con el viento,
juega con la brisa,
y el aire se llena
con su clara risa.*

*Juega con la rosa
de la madrugada,
y en su copa verde
se queda enganchada.*

*Juega el arbolito
con el sol de oro,
y todas las aves
le cantan en coro.*

*Juega por las noches
con plata de luna,
y todas las aves
le cuelgan su cuna.*

*Juega con las perlas
finas del rocío,
y éstas le entretejen
un nuevo atavío.*

*Juega como el árbol,
niño juguetón,
y tendrás florido
siempre el corazón.*

IDA RÉBOLI.



Acuarela

*Es la mañana: lirios y rosas
mueve la brisa primaveral,
y en los jardines las mariposas
vuelan y pasan, vienen y van.*

*Una niñita madrugadora
va a juntar rosas para mamá,
y es tan hermosa, que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.*

*Tras cada mata de clavelina,
de pensamientos y de arrayán,
gira su traje de muselina,
su sombrerito, su delantal.*

*Llena sus manos de lindas flores,
y cuando en ellas no caben más,
con su tesoro de mil colores
vuelve a los brazos de su mamá.*

RAFAEL OBLIGADO.



El ratón dentro del queso

I

*Mientras en guerra
se destrozaban
los animales
con justa causa,
un ratoncillo,
¡qué bueno es eso!
estaba siempre
dentro de un queso.*

II

*Juntaban gente,
buscaban armas,
formaban tropas,
daban batallas;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!
siempre metido
dentro del queso.*

III

*Pasaban hambres
en las jornadas,
y malas noches
en malas camas;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!
siempre metido
dentro del queso.*

IV

*Ya el enemigo
se ve en campaña;
al arma todos,
todos al arma;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!
siempre metido
dentro del queso.*

V

*A uno lo hieren,
a otro lo atrapan,
a otro lo dejan
en la estacada;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!
siempre metido
dentro del queso.*

VI

*Por fin lograron
con la constancia
sin enemigos
ver la comarca;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!
metido siempre
dentro del queso.*

VII

*—Mas, ¿quién, entonces,
lograr alcanza
el premio y fruto
de tanta hazaña?
—El ratoncillo,
¡qué bueno es eso!
que siempre estuvo
dentro del queso.*

PABLO DE JÉRICA.



Pastorcita

*Pastorcita perdió sus ovejas
¡y quién sabe por dónde andarán!
No te enfades, que oyeron tus quejas
y ellas mismas bien pronto vendrán.
Y no vendrán solas, que traerán colas,
y ovejas y colas gran fiesta darán.*

*Pastorcita se queda dormida,
y soñando las oye balar;
se despierta y las llama en seguida,
y engañada se tiende a llorar.
No llores, Pastora, que niña que llora
bien pronto la oímos reír y cantar.*

*Levantóse contenta, esperando
que ha de verlas bien pronto quizás;
y las vió, mas dió un grito observando
que dejaron las colas detrás.
¡Ay mis ovejitas!, ¡pobres raboncitas!
¿Dónde están mis colas? ¿No las veré más?*

*Pero andando con todo el rebaño
otro grito más tarde soltó,
cuando un gajo de un viejo castaño
cargadito de colas halló.*

*Secándose al viento, dos, tres, hasta ciento,
¡alli, una tras otra, colgadas las vió!*

*Dió un suspiro y un golpe en la frente,
y ensayó cuanto pudo inventar,
miel, costura, variado ingrediente,
para tanto rabón remendar;
buscó la colita de cada ovejita
y al verlas como antes se puso a bailar.*

RAFAEL POMBO.



Maria Rosa

*Maria Rosa era una niña
hermosa, alegre, vivaz;
la joyita, la pequeña
mimada de su mamá.*

*Una tarde quiso ir sola
a las orillas del mar.
—Maria Rosa, no te alejes
de la casa.*

—No, mamá.

*Así dijo, mientras iba
corre que corre hacia el mar
Ninguno la vió alejarse,
ni tampoco regresar.*

*Llegó la noche, y la madre
buscó a su hija con afán.
—Maria Rosa, hija de mi alma,
Maria Rosa, ¿dónde estás?*

*Ninguno la vió alejarse
ni tampoco regresar,
pero el casco de una barca
alguien ha visto en el mar.*

*Era una vieja barcaza
que ya no se usaba más;
“hacía agua”, y tenían miedo
que pudiera zozobrar.*

*María Rosa habrá logrado
las amarras desatar,
y creyéndose un marino
ha querido navegar.*

*En tanto la pobre madre
enloqueció de pesar,
y en la costa llora y grita:
—María Rosa, ¿dónde estás?*

*María Rosa no responde,
ni ya más responderá.
María Rosa sueña un bello
sueño en el fondo del mar.*

JULIA BUSTOS.



Adivinanza

*¡Adivina, adivinador!
Vino a casa un gran señor.
¡Tic - tac! ¡Tic - toc! . . .*

*Cuando llama toca el timbre
y es petiso y barrigón.
¡Tic - tac! ¡Tic - toc! . . .*

*Tiene dos cuchillos negros
y patitas de gorrión.
¡Tic - tac! ¡Tic - toc! . . .*

*En la espalda tiene llaves
y ganzúas de ladrón.
¡Tic - tac! ¡Tic - toc! . . .*

*Se ha venido con paraguas
y no llueve ni hace sol.
¡Tic - tac! ¡Tic - toc! . . .*

*¡Adivina, adivinador!
¿Quién es este gran señor?*

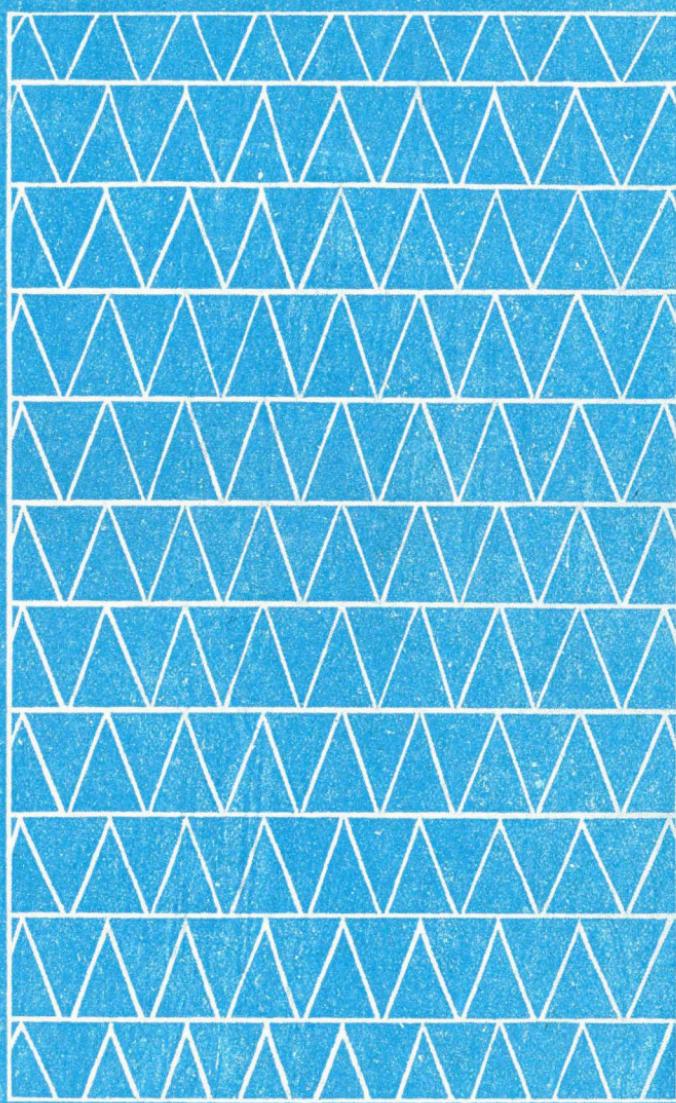
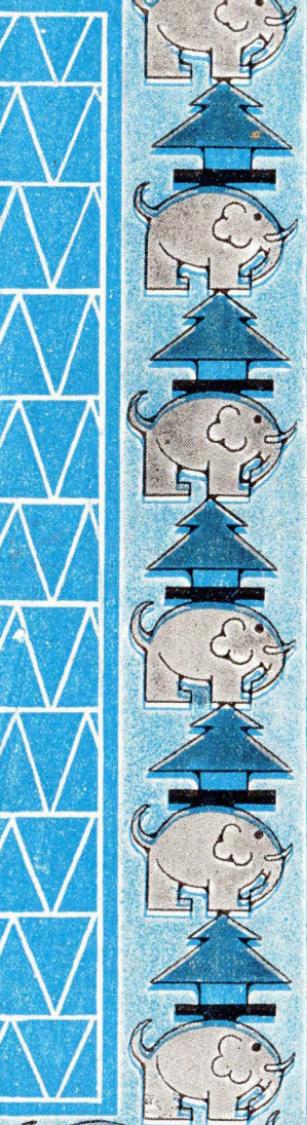
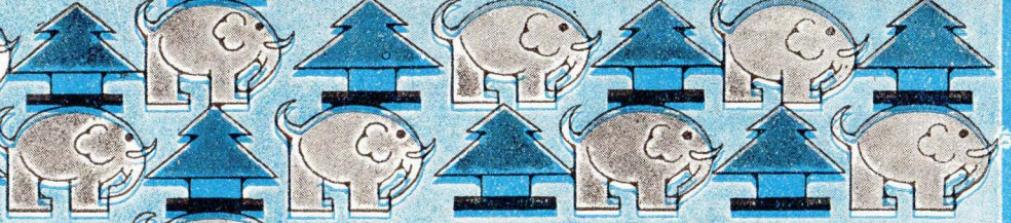
JOSÉ S. TALLÓN.





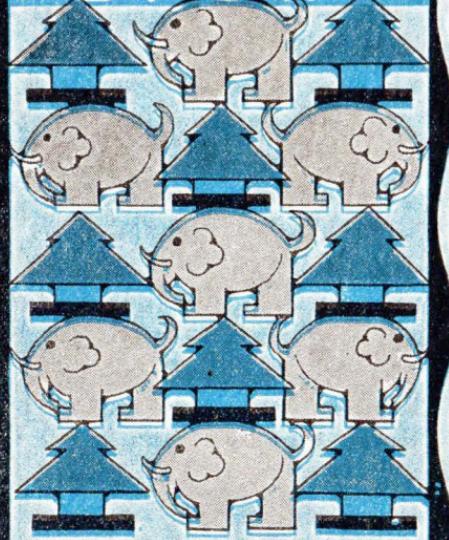
LECTURA	PÁG.	LECTURA	PÁG.
Adiós vacaciones	1	Otros recuerdos del ancla	26
Gorrioncito mío	2	Juan Martín de Pueyrredón	27
Mi maestra	3	<i>Dos amores</i>	29
Los obreros	4	Mayo de 1810	30
<i>El zapatero</i>	5	<i>Símbolos nacionales</i>	31
En el campo	6	La Primera Junta	32
<i>El labrador</i>	8	<i>La escarapela</i>	34
El tordo y el hornero	10	La escarapela y la bandera	35
Bendito sea el trabajo	12	<i>Los colores de nuestra</i> <i>bandera</i>	37
<i>Obreros</i>	13	Don Manuel Belgrano	38
La costa	14	Recuerdos gloriosos	40
Los pescadores	15	<i>Romance de la niña que</i> <i>pide</i>	41
Las barrancas	16	Las calles arboladas	43
<i>Ronda del labrador</i>	17	Los barrios industriales	44
El enemigo	19	<i>Plegaria</i>	45
Las sierras	21	Un baño inoportuno	46
Entre minerales	22		
Memorias de un ancla vieja	24		

LECTURA	PÁG.	LECTURA	PÁG.
La asistencia pública	48	Las hijas de la luna	93
Un incendio	49	Noche de luna	95
El gorrión	51	Vegetal y mineral	96
El puerto	52	El carbón de piedra	97
En la estación	54	12 de Octubre	99
Tucumán	56	Las carabelas	101
9 de Julio de 1816	58	La plegaria del árbol	102
9 de julio	60	El trigo	103
San Martín	61	El molino	104
Himno Nacional	62	Las preocupaciones de un lechón	105
El mensajero de San Martín	63	La disputa de los dedos ..	107
La gota de agua	69	Los sentidos	108
Nube de verano	70	La rebelión de los órganos	109
La lluvia	72	Noviembre	112
La grulla y el cangrejo ..	73	RONDA FLORIDA	
Nubecita blanca	76	Los pollitos	115
El rey del juncal	77	Caballitos	116
Arrojito	81	El arbolito juguetón	117
En alas del viento	82	Acuarela	119
Barrilete de cinco centavos	84	El ratón dentro del queso.	120
El huracán	85	Pastorcita	123
Las cuatro estaciones	87	María Rosa	125
La salida del Sol	89	Adivinanza	127
Germinal	91		
Las nubes envidiosas	92		

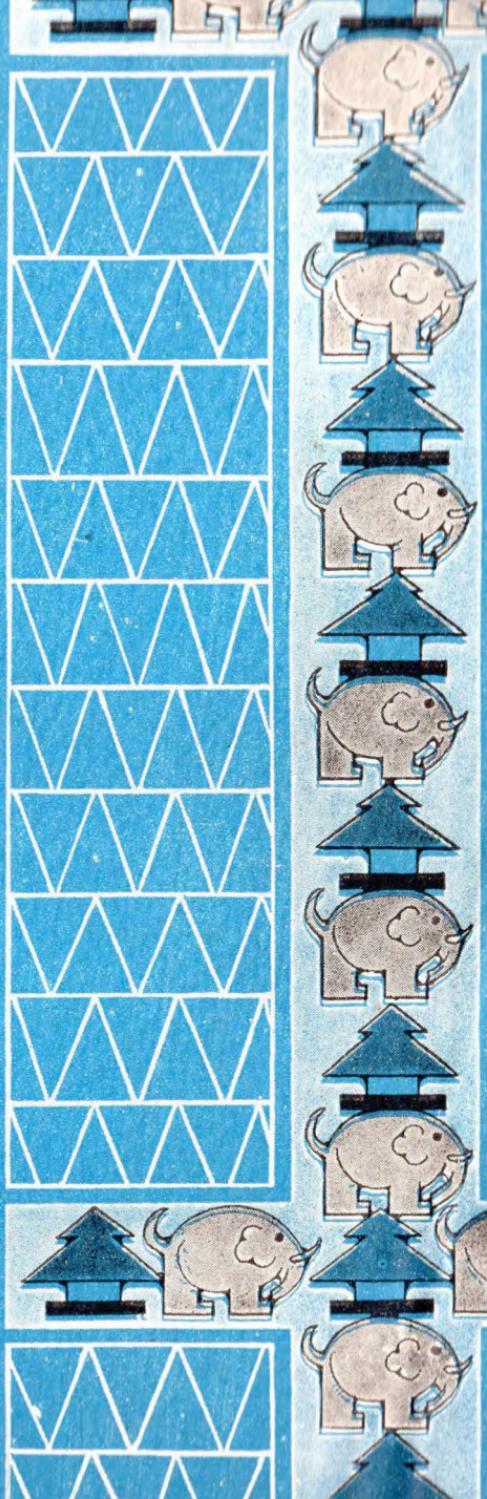




cielo
sereno



Luis Arena



Cielo Sereno

Angel
Estrada
y Cia
Buenos Aires